LÁZARO FLURY

TRADICIONES, LEYENDAS Y VIDA DE LOS INDIOS DEL NORTE

(CON EL PRIMER VOCABULARIO COMPLETO CASTELLANO-MOCOBI Y CASTELLANO-TOBA)

COLECCION CEIBO

Ciordia & Rodríguez
Editores

presenta su

COLECCION CEIBO

Compuesta por obras seleccionadas entre lo más representativo de la literatura argentina y extranjera, al cuidado de profesores en literatura y conocedores de cuanto se refiera a los motivos de nuestra TRADICION NACIONAL.

COLECCION CEIBO

Será el libro preferido
por la comodidad del formato,
la impresión clara y legible que facilita la lectura,
la integridad de los textos auténticos,
las explicaciones y anotaciones oportunas
y la economía del precio.

Ciordia & Rodríguez
Belgrano 2271 - Bs. As.

TRADICIONES, LEYENDAS Y VIDA DE LOS INDIOS DEL NORTE

LÁZARO FLURY

TRADICIONES, LEYENDAS Y VIDA DE LOS INDIOS DEL NORTE

Con el primer vocabulario completo
Castellano-Mocobi y Castellano-Toba

Ilustraciones de MARIA A. CIORDIA

CIORDIA & RODRIGUEZ
Editores
BELGRANO 2271 BUENOS AIRES

Queda hecho el depósito que previene la ley Nº 11.723. Copyright 1945, by Editorial Ciordia y Rodríguez. Belgrano 2271, Buenos Aires.

PRINTED IN ARGENTINA

Impreso en os Talleres Gráficos de Alfonso Ruiz & Cía., Méjico 667, Buenos Aires, el dia 15 de agosto de 1945.

INDICE

	Págs.
Introducción	7
El Iobec Mapic de los Mocobies	17
El Caá Jhé En (Planta Dulce)	21
El Tol, deporte de los Tobas	25
Algunos aspectos de la religión Toba	31
El Duelo entre los Mocobies	35
El timbó	38
El timbó (versión mataca)	40
El palo borracho (Leyenda mataca)	42
El palo borracho (Leyenda pilagá)	46
La leyenda del pinal	48
Creencias de los mocobies	51
La Ciraigo (Leyenda mocobí)	53
El Manic (Leyenda mocobí)	54
Diversiones de los mocobies	58
Alfarería mocobí	60
Leyenda del Nechinic (Arbol del Fuego).	64
Huida nocturna	68
La caza del surí	70

Creencias y supersticiones de los matacos 72
Las Chacas 75
El respecto a la vida 77
La leyenda del Isondú 79
La declaración de amor entre los chiriguanos 81
Las babas del quebracho 83
Señales 85
Sobre costumbres y ritos 86
Plantas raras del Chaco y Formosa 99
Vocabulario Castellano-Mocobí 103
Vocabulario de la lengua Toba 122
Un indio poeta 137

INTRODUCCION

He aquí el fruto de una paciente convivencia con el hermano indio. Lo entrego a la consideración de los estudiosos y del público, sin otro afán que el de contribuir modestamente al conocimiento de nuestras cosas; y de las supersticiones, creencias, leyendas y lenguaje de nuestros aborígenes, tan abiertos de corazón, y tan ignorados y negados.

No tiene este trabajo pretensiones científicas. No puede tenerlo. Es simplemente un trabajo contributivo destinado a hacer conocer y amar lo que es autenticamente nuestro. Esta es su finalidad. Si esto logra ser alcanzado, ¿qué importa los días de fatiga, las tardes de bochorno, las noches de insomnio pasadas en la selva chaqueña? ¿Qué importa la sed y el hambre, el cansancio, el sacrificio físico en desmedro del cuerpo, y todas las vicisitudes compartidas con esos pobres parias? Las persecuciones de los polvorines, de los jejenes y otros parásitos, las quemaduras solares y la "sarnilla", las consideraré leves si aquéllo se logra. Me queda la satisfacción inmensa de haberlos conocido, de haberme

adentrado en ellos. Cuando recuerdo los días caniculares pasados en compañía de aquella pobre gente, que se turnaba en las siestas de la selva para espantarme los polvorines con humo y abanicos vegetales, y que caminaba leguas para conseguirme orquídeas o plantas raras que mi curiosidad de coleccionista demandaba, no puedo menos que emocionarme. A todos ellos debo mi gratitud. Y si aquí sólo nombro a los caciques Manito, Acosta, Nolasco, Pedro, Casiano, José y Ogamí, es porque no recuerdo el nombre de los restantes relatores. Y debo agradecerles a todos la paciencia con que han soportado mi insistencia por conocerlo todo. La paciencia con que que me han ayudado a hacer el vocabulario, con que me han enseñado su arte alfarero, su tejeduría y sus leyendas. Precisamente, he encontrado algunas tan hermosas y simbólicas, que no he podido menos que asombrarme. No cabe duda que en muchas de ellas está patente la interferencia jesuítica, aprovechando mitos informes o hibridados. Pero esto, en vez de quitarles valor, aumenta su mérito, pues se ha logrado armonizar lo estético y lo moral con el teísmo primitivo.

Con la simplicidad que ellos me han enseñado, he querido presentar este trabajo, exento de todo verbalismo gárrulo, para mostrar

lo vital, lo vivo, sin complicaciones retóricas ni expresiones figuradas. Simple es la historia del indio, simple es su vida, simple es su alma. Un trabajo frondoso en verbalismo no encajaría en el espíritu que lo infundió. Por eso la brevedad, la simplicidad, es aquí un imperativo que el lector entenderá.

Nada más grato para el autor si esto llega ser comprendido.

¿El indio, es en realidad un problema?...

Infinidad de veces se ha planteado esa cuestión. Por una parte, se ha exagerado presentándolo como un problema de primera magnitud; y por otra, se le ha negado importancia deliberadamente. Si queremos contribuir a la solución de todos los problemas que nos afectan, debemos ser sinceros. Y con este sentimiento contemplaremos la situación de nuestro indio, sin exageraciones ni propósitos premeditados.

El indio no es una utopía. Es una realidad y existe, aunque en verdad nunca se hiciera nada por él. Y de esa manera nos encontramos con un problema de cuatro siglos bochornosamente relegado por obra de la incomprensión y de una casta oligárquica, que desde su nacimiento necesitó ensancharse a su costa. Influyó en esto el imperio de una con-

cepción ideológica desvinculada de nuestro presente y futuro, que sembró en la mente de estos pueblos vírgenes la bonita leyenda de la "superioridad étnica" de los europeos, sin tener en cuenta para nada las leyes de la continuidad histórica y la concurrencia de las razas. Porque bien es sabido que ninguna cultura se impone sin que a su vez reciba la influencia de la cultura subyugada. No tenemos más que volver a la Historia y veremos como los pueblos sojuzgados, prolongaron los que tenían de vital en los pueblos dominadores. Los jónicos de los asiáticos, los romanos de los griegos y así sucesivamente. La cultura no la hace un solo pueblo, sino la concurrencia de todos. Es el caso nuestro. Aquí no sólo hubo un proceso de europeización, sino otro proceso de "indianización", paralelo e indivisible de aquél.

La emoción, la perspectiva, la reacción del hombre frente al medio por influjo del ambiente no pudo ser igual en Europa y en América. Y así nació el alma americana, a pesar de haberla desfigurado tantos teorizantes. Alma que no puede perfilarse como expresión de un pueblo por un sinnúmero de factores que no es el caso estudiar ahora, pero entre los que deben señalarse el servilismo intelectual y económico.

Volviendo a nuestro tema, queremos dejar claramente establecido que el indigenado es un problema nacional. Comprende a unos 150.000 individuos distribuídos en el norte y la Cordillera. Son ellos descendientes directos de los araucanos y tehuelches en el sur; tobas, matacos, mocobíes, chorotes, chiriguanas y chulupíes en el norte, amén de otras parcialidades.

Los enemigos de estos nativos aducen que son elementos "inútiles", para justificar la explotación y su postergación inexplicable a nuestro medio; pero si no fuera por ellos ¿quiénes levantarían la cosecha de la caña de azúcar, donde el único obrero incansable que lo soporta todo es el indio?... ¿quiénes levantarían las cosechas de algodón y harían de carne "mecánica" en los obrajes?... Que digan los monopolios norteños cuántos millones han amasado con la carne y la sangre de esos infelices y se tendrá una idea aproximada del irónico calificativo de "inútiles". También pueden decir que no nos conviene como elemento étnico. Pero tal aseveración carece de fundamento. El indio mal vestido, inhumanamente explotado, y sobriamente o mal alimentado, está físicamente, en muchos casos, en mejores condiciones que muchos peones criollos. Altos, atléticos, ágiles, bien

proporcionados, se mantienen erguidos y fuertes hasta la senectud. Esto en líneas generales. Es claro que donde entran las epidemias, hacen estragos. Plagas que nosotros hemos llevado, como la tuberculosis, el alcoholismo, las enfermedades específicas, etc. minan rápidamente sus naturalezas de roble. Pero de ninguna manera se puede sostener que el indio es una rémora en el aspecto étnico. Al contrario, en los frecuentes casamientos de indias con blancos es dable observar la espléndida vivacidad y vigor de los hijos de tales matrimonios. La extinción del indio pues, es un mito que nadie debe creer. No puede de hecho, extinguirse un pueblo que busca y se mezcla con la civilización, y cuyo estado físico no es despreciable. No queremos decir con esto que no haya tribus donde la degeneración ha marcado sus huellas. En ellas la coca, el alcohol, la tuberculosis y la prostitución dejan saldos alarmantes. Pero esto se circunscribe a tribus dominadas generalmente por "palos blancos", especialmente chorotes. Pero la injusticia que supone negarle un futuro a esta gente que lo merece, es evidente. Aún hoy los conchabadores, en complicidad con los ingenios, embretan en la época de la zafra millares de indios en jaulas de ganado, para conducirlos a los lugares de trabajo, de

donde regresan en las mismas condiciones, después de haber llenado de sangre las arcas de los explotadores. Estos casos los hemos denunciado infinidad de veces sin resultado positivo. Nadie ignora que hay ingenios y obrajes que son verdaderos Estados; dueños de vidas y haciendas, donde no impera otra ley que la ley omnímoda de esos establecimientos. Nosotros hemos constatado crímenes flagrantes de mayordomos y capataces contra esa gente y que quedaron en la mayor impunidad, porque dentro de esos feudos manda el patrón... La explotación del indigenado pues, es un drama que hiere los más elevados sentimientos de argentinidad y está ejercida por la Antipatria, que crece y se nutre con la sangre de auténticos trabajadores argentinos.

En cuanto a la moral, poco podemos observar. La poligamía ya no existe a no ser en algunas contadas tribus. El adulterio, tan común entre los blancos es entre ellos muy poco frecuente. El incesto es cuidado como tabú. Los matrimonios guardan notable fidelidad. No viven pues como los animales, tal como lo cree la mayoría de la gente.

La higiene sí es un problema. Igualmente la vivienda, sucios "huetes" de paja tan pro-

picios para la proliferación de epidemias, especialmente la "sarnilla" y el sarampión. No debe creerse, a pesar de esto, que todos los indígenas tienen las mismas viviendas. Los mocobíes por ejemplo, construyen la mayoría de sus toldos con troncos de palma, donde no entran ni el agua ni la humedad. Hay colonos indígenas que los construyen de adobes. El 30% de las viviendas ha evolucionado progresivamente, dejando de ser toldos para ser ranchos de palmas o adobes. El indio (paisano prefieren que se les llame) es muy trabajador. Cuando fracasa la zafra o la cosecha de algodón se dedica a la tejeduría y la alfarería, cuyas piezas vende en los poblados por una insignificancia, dejándose esquilmar como de costumbre. Cosechero, peón, tejedor o alfarero es siempre el mismo explotado. Nadie piensa pagarle. Para desmontar o alambrar, se calcula todo, menos la mano de obra. Ya bastará para pagarla un par de botas viejas, una escopeta o un traje en desuso. Si protestan no hay nada mejor que la ley del garrote y que vayan a buscar justicia a otra parte... Esta es la triste verdad.

La base de su alimentación se la dá generosamente la selva, que forma con ellos una

misma cosa. El guasuncho, el venado, el aguará, el guazú virá, el guazú pitá, el quirquincho, los chanchos salvajes, el tatú carreta y otros animales le dan su carne.

El algarrobo, el mistol, el meloncillo silvestre, el sachi-zapallo, los tunales, etc. complementan su alimentación. A esto agregan los alimentos urbanos cuando disponen de medios para comprarlos. Y así, sobriamente, resisten el embate de cuatro siglos de olvido...

Tienen buena disposición para aprender. Son buenos colonos cuando tienen elementos para trabajar la tierra, como ocurre en El Pastoril, Domingo Matheu, Col. Gral. Necochea, Nueva Pompeya y en las colonias de la Comisión Honoraria de Reducciones de indios. En ésta es dónde menos eficaz fué el indio, precisamente por adolecer las mismas de un régimen adecuado. Las deserciones ahí aumentan continuamente. Todo lo que se haga con miras a solucionar el problema debe contemplar el aspecto de la libertad, como aspecto fundamental. El indio no acepta el régimen carcelario. A ello prefiere su vida de paria nómade y errante.

La solución es simple, pero no debe apartarse de esos principios. Radicar al indio en su tierra, enseñarle por medio de escuelas especializadas a trabajarla y darle libertad

para que la trabaje. Todo lo que se haga con ausencia de esa base fracasará.

El Chaco y Formosa están plenos de ejemplos aleccionadores. ¿A qué entonces complicar las cosas?...

Debemos poner fin a esta breve introducción, admitiendo que el indio —tan admirado como objeto de museo— es una realidad viviente. No es un elemento inútil. No está irremisiblemente degenerado. No está predestinado a una desaparición fatal a corto plazo. ¿Qué razones entonces existen para postergar indefinidamente su incorporación a nuestro medio?...

¿Es que todavía necesitamos esclavos?... Los poderes públicos tienen la palabra.

EL IOBEC MAPIC DE LOS MOCOBIES

El territorio del Chaco que tiene una de las floras más exhuberantes y pródigas del mundo, posee una colección de helechos y arbóreas desconocidas en otras regiones. Entre esas rarezas se destaca el iobec mapic, (árbol de la sal), planta que es una verdadera curiosidad y que se la puede catalogar entre las maravillas exóticas de la selva chaqueña.

El iobec mapic es una planta de la familia de los helechos, muy escasa por cierto, como si Dios hubiera querido preservar su vida manteniéndola casi oculta entre la maraña. La planta en su completo desarrollo alcanza hasta dos metros de altura. Sus ramitas destrenzadas se enlazan en los troncos de molles, guayacanes, guayaibíes, etc. Sus hojitas pequeñas se apretujan en largas ramillas, y su tronco suele alcanzar un

grosor de cinco centímetros de diámetro. No se tiene conocimiento que otros indios hayan conocido o utilizado esta planta admirable. Cobra pues, visos de verdad, la afirmación de los mocobíes que es un secreto de su raza. Debo este descubrimiento al noble cacique José Manito, de El Pastoril. Fué él quien me habló de esa planta y quien me la proporcionó, dejando constancia que aun a nadie le había revelado ese secreto. La búsqueda duró dos días, pues debió salir al "desierto" (así llaman al interior del bosque, casi impenetrable y desprovisto de agua). De allí trajo un ejemplar con raíz, para que tratara de aclimatarlo. Pero la planta no sobrevivió y actualmente seca, enriquece el Museo "Pablo Cabrera" de Córdoba. Para obtener la sal proceden del siguiente modo:

Colocan las ramas y el tronco del árbol en forma de pirámide. Al anochecer las encienden (nunca antes, pues es creencia que el Sol siente envidia y

la malogra). Las ramas se queman lentamente y al día siguiente, antes de la salida del sol, juntan las cenizas, le agregan agua, la amasan como si fuera harina y la dejan secar. Se obtiene así una pasta dura, color gris ceniza que es la sal, lista para el consumo. He tenido oportunidad de probarla con asado de guanaco y puedo asegurar que su sabor es igual al de la sal marina que utilizamos diariamente en nuestra comida.

El mismo cacique, a cuya gran amistad debo estas revelaciones, me relató también la leyenda de ese arbusto.

Cierta vez Cotáa (Dios) condolido de la triste vida de los hombres del Chaco, quiso darles un árbol, cuyo jugo serviría de alimento a los hambrientos y apagaría la sed de los sitibundos. E hizo unas pocas plantas de virtudes tan excelsas, para que los indios no se dieran a vivir del arbusto paradisíaco.

Pero cuando la concluyó, Neepec (El Diablo) le arrojó encima una urna llena

de lágrimas. Y la planta en vez de dulce ambrosía como quiso Cotáa, dió a quienes la buscaron un zumo áspero y salobre. Cuando Cotáa volvió y vió la obra del maldito dijo:

—Tu maldad será trocada en bonanza. Esta planta será buena. Servirá para salar los venados y los guasunchos y con la sal de las lágrimas endulzará los alimentos. Y los hombres la usarán eternamente...

Y desde entonces apareció en el Chaco el árbol de la sal.

TRADICIONES, LEYENDAS Y VIDA DE LOS INDIOS DEL NORTE

EL CAA JHE EN (Planta dulce)

El caá jhé é o jhé en es una planta conocida en el Chaco, Formosa, Paraguay y Misiones. Sus hojas verde oscuras, sirven para dulzurar las infusiones. Basta poner unas hojitas en cualquier infusión para que la misma adquiera un sabor deliciosamente dulce. Esta planta también tiene su leyenda, que no he podido establecer bien por la forma distinta en que me la han relatado los caciques Casiano, José Palavecino y José Vicente. Sin embargo he creído conveniente dar la versión en lo que tienen de común, en la esperanza de que algún día pueda ser completada o corregida con posteriores consultas.

Hubo en épocas remotas dos naciones enemistadas cuya única preocupación era aniquilarse mutuamente. El odio, la sed de venganza, había entrado en los corazones y en la sangre, y así se trans-

mitió de generación a generación. Las guerras eran contínuas. Los que llevaban la peor parte se retiraban selva adentro, donde se volvían a rehacer sin otro pensamiento que tomarse la revancha y destrozar al enemigo.

Así vivieron muchas generaciones inútiles; sin preocuparse por otra cosa y con la obsesión fija de exterminarse. Pero un día apareció en la selva una hermosa desconocida. Era luminosa, intangible. Inmediatamente los rivales se dispusieron a luchar por su posesión, pero la aparecida los detuvo diciéndoles que en nombre de ONAGAIT (el supremo espíritu) venía a imponer la paz. Todos abandonaron las armas y se reunieron en torno de ella. Desde entonces renació el amor entre las tribus rivales, se borró el odio en sus mentes y se lavó la venganza en sus corazones. Pero un día aciago, la beldad se sintió enferma. Una tristeza infinita invadió a la gente que presentía un desenlace fatal, y desde entonces supie-

El odio entre aquellas tribus había entrado en la sangre y se trasmitía de generación a generación...

ron lo que era el Amor. En efecto, la desconocida murió, y en su torno se postraron todos, olvidándose en el dolor que habían sido enemigos. Días después la sepultaron piadosamente. Y sobre la misma sepultura, fresca aún, nació el Caá jhé en (1). De ese modo, la prodigiosa mujer extendía en sus hojas a los hombres, la dulzura de su alma, que de esa manera comprendieron que la dulzura es amor y que sólo el amor es capaz de borrar el odio entre los hombres...

(1) Aunque mis escasos conocimientos de botánica no me permiten asegurarlo, creo que el Caá jhé en, es la planta conocida científicamente con el nombre de "STEVIA" y de la cual algunas tribus utilizan el jugo de raíz contra la tos.

EL TOL DEPORTE DE LOS TOBAS

De emotividad singular es este juego que practican los matacos y tobas. La marcada similitud del tol con el ho-

ckey europeo, haría pensar que fuera una imitación de ese deporte introducido por europeos. Sin embargo no es así, pues ha quedado probado que esos indios lo practicaban antes de la llegada de los conquistadores. No deja de ser entonces más que una analogía accidental. Parece ser que también los mapuches de Chile lo practican, existiendo al respecto una semi-leyenda que atribuye la salvación del obispo Francisco Marán a un partido concertado entre bandos partidarios de la muerte y de la clemencia del obispo citado, en el cual triunfó este último, por lo cual le fué perdonada la vida.

Actualmente, debido más que nada a la penosa situación que atraviesan los indígenas, ese deporte no se practica con la asiduidad de otros tiempos. Trataremos de dar una imagen exacta del juego.

Por lo general, los partidos de tol son concertados a raíz de desafíos entre tribus antagónicas, que de este modo

resuelven una cuestión de honor. Claro está que también hay excepciones. Si una tribu considera haber sido ofendida por otra debido a cualquier circunstancia, el cacique tiene derecho a lanzar un desafío para lavar el agravio. Por esta razón todos los partidos de "tol" tienen un carácter bélico.

Concertado el partido los integrantes de los grupos rivales realizan una serie de prácticas religiosas, por ejemplo: entregan los palos a los hechiceros de la tribu para que les infundan una destreza mágica, o ponen los mismos en contacto con el cráneo de algún gran jugador extinto o los frotan con hierbas milagrosas. Estas prácticas forjan en los competidores una firme convicción en la victoria.

Llegado el día del partido, se busca un desmonte, y como en nuestros partidos de fútbol, asiste la gente de las tribus rivales. Los jugadores se quitan toda indumentaria para facilitar sus movimientos, y sólo se cubren con un

paño o cuero desde la cintura hasta las rodillas. Se pintan los rostros con rayas de diversos colores y dibujos de mágica significación. A esta pintura facial le atribuyen poderes secretos. Para evitar los golpes de los palos y de la bocha, se protegen las piernas con ramas que fijan con hilos de caraguatás, a modo de "canilleras" a las que llaman "chacas". Algunos se adornan la cabeza con anchas vinchas de colores chillones en las que colocan plumas blancas o rojas. En seguida se inicia el encuentro. Los arcos lo constituyen montones de leños en cada extremo del campo. La bola de madera impulsada por los palos debe tocar el montón de leños o cualquiera de sus ramas para marcar un tanto. Es de imaginar la brusquedad de los golpes dados a izquierda y derecha sin cuidarse mayormente de dar en la bola o en las piernas de un contrincante. Es frecuente que en ese tren de violencia, la indiada que hace de espectadores, suele ser víctima de los embates de me-

jor causa, recibiendo palos por las piernas y la cabeza, o "enganchadas" espectaculares, pues los palos tienen una curvatura especial en sus extremos.

Las reglas son muy sencillas. La cantidad de tantos en primer lugar, es convencional. Pueden ser cinco, ocho, diez o cualquier cantidad. Al conjunto que va adelante se le resta un tanto por cada tanto que marquen los rivales. Así por ejemplo, si el partido ha sido concertado a cinco tantos, no terminará hasta que uno de los grupos haya logrado esa diferencia a su favor.

Cuando la bocha es arrojada a la espesura del monte por algún jugador, un contrario tiene derecho de señalar donde debe ser arrojada. No hay otras reglas ni disciplinas. Los tantos pueden ser marcados por delante, por los flancos o por atrás. Lo que interesa es que la bola toque el montón de leños, venga de donde venga. La iniciación es asimismo sin preámbulos. Colocada la bocha en el centro del campo dos

jugadores contrarios cruzan sus palos sobre ella. Nadie da señal. Cuando se ponen de acuerdo, ambos golpean la bola (con poca cortesía desde luego) y el partido comienza con verdaderos entreveros en medio de nubes de polvo, entre los gritos de la indiada de los bandos antagónicos, que cruzan las más curiosas apuestas: un lebrillo, una urna, una pluma, un amuleto. Cuando se trata de un caballo o de una mula, apuestan primero la cabeza, luego la cola, las patas, etc., pasando éste en manos de los que hayan ganado todas las partes de su cuerpo. Jamás he visto jugar un caballo entero.

Estos partidos de intensa e inolvidable emoción, suelen durar más de un día cuando las fuerzas son equilibradas. Como es de imaginarse, en más de una ocasión salen algunos heridos o quebrados, lo que es atribuído a las conspiraciones de espíritus maléficos.

Pero de cualquier manera basta ver uno de esos partidos, verdaderos lances

guerreros, para comprobar la resistencia, habilidad, valor y reciedumbre de los indios que lo practican.

ALGUNOS ASPECTOS DE LA RELIGION TOBA

Entre los tobas y pilagás no existe la muerte natural. Todos los decesos — a excepción de los que tienen lugar en luchas guerreras— son producidos por espíritus malignos o "payaks". Payak, es algo así como el genio coordinador de los espíritus del Mal y se deleita absorviendo la sangre de los enfermos. Es creencia de que todo enfermo entrega sangre a Payak, y que las enfermedades pueden ser directamente provocadas por éste o por medio de brujos o hechiceros. Peor en estos casos, porque entonces el espíritu se ausenta del cuerpo del enfermo y se refugia en algún árbol, preferentemente el yuchán, de donde sólo regresa cuando el hechizo abandona el cuerpo.

De ahí que sea muy común encontrar pacientes con el alma "huída"; es decir con el alma ausente del cuerpo.

Cuando muere algún indio hechizado —que lo son casi todos— se le quema la ropa y se le entierra al estilo de los matacos, siendo por lo tanto muy común la sepultura aérea.

Cada muerto reencarna en otro ser: tigre, perro, cabra, planta, etc., según haya sido su comportamiento en vida. El espíritu vaga un tiempo en la superficie de la tierra —aunque también se admite que puede vagar debajo— hasta que llega el momento oportuno de reencarnarse.

Los chiriguanos —étnicamente bastante afines a los tobas— también creen en el espíritu del muerto y afirman que protege a los suyos desde las profundidades estelares. Acostumbran enterrarlo en una fosa dentro del mismo toldo o muy cerca, a pocos centímetros de profundidad. Pero si se trata de un indio malo o perverso lo entierran

lejos, y a veces no lo sepultan para que sirva de pasto a las fieras o a las aves de rapiña.

Volviendo a los tobas, la influencia mágica está tan arraigada en ellos, que en las mismas fiestas que realizan al son de timbales y pucunas (flautas de caña), entre saltos y piruetas, siempre hay un hechicero que, "trabajando" por medio de un bastón hechizado o cualquier instrumento de poder secreto, trata de mantener alejados los espíritus del mal.

En cuanto a los tabús observados escrupulosamente durante la concepción son muy curiosos. La mujer en estado de gravidez no debe comer el "buche" o estómago de ningún animal, —a excepción del avestruz que tiene patente de inmunidad —so pena de alumbrar una criatura sin vida—. Tampoco debe castigar animal alguno, pues de lo contrario vendrá al mundo con lesiones precisamente en los mismos lugares donde aquél fué castigado. De este modo

toda lesión o deformidad en un recién nacido es atribuído a la violación de ese tabú. El único animal que puede ser ingerido sin ningún peligro es como se ha citado —el avestruz— pero sería de graves consecuencias dar los restos a los perros; éstos deben ser quemados o enterrados. Aquí es perfecta la identidad con la práctica araucana del "Catacauin" o sea la ceremonia de "colgarle nombre al chico".

Conviene hacer notar que la veneración hacia el avestruz es tal, que los matacos llaman a los tobas "los del avestruz".

Volviendo al tema, ni bien se le ha cortado el cordón umbilical al recién nacido se reúnen parientes y amigos con el propósito de "darle nombre"; con la consabida presencia del hechicero. Entonces el pariente más anciano, verdadero depositario de la tradición familiar, va enumerando los nombres que considera ligados a la familia por una u otra causa, y que siempre son de

animales, plantas u otros objetos, y el hechicero elije el que a su juicio mejor cuadra al nuevo vástago.

Respecto al adulterio es castigado con severidad, aunque no en forma bárbara. Comprobada la infidelidad de la mujer, el marido tiene derecho a entregarla a cuantos desee con el fin de que puedan poseerla y vejarla de todas maneras, castigando así a la infidente que desde ese momento ya no es considerada esposa.

Pero en honor a la verdad, estos casos son muy pocos frecuentes entre los tobas, como entre los demás indios, cuyas mujeres, contrariamente a lo que se cree, guardan una fidelidad ejemplar.

EL DUELO ENTRE LOS MOCOBIES

El duelo en ocasión de la muerte de algún miembro de familia, ha adquirido en los pueblos primitivos las más disparatadas manifestaciones de dolor. Los nahuas de Norte América se prac-

ticaban sangrías. Los minuanes se amputaban una falange de los dedos por cada muerto de su familia o pariente cercano. Los querandíes se atravesaban los músculos con duros espinos de cactáceas, y así por el estilo. A todo esto se agregaban los llantos descomunales de las mujeres o las orgías desenfrenadas de la gente, con simulacros de pelea o actos de bravura que tenían el propósito de ahuyentar los espíritus que sembraban la muerte. El amor filial, pues —raíz de la familia— es tan viejo como la misma especie. El amor de sexo a sexo es la extensión de aquel. En la hermosa leyenda del Tambatayá (1) tenemos un ejemplo sublime de amor, piedra angular que movió el mundo a una constante superación, a las más bellas utopías y a los más conmovedores sacrificios. Secreto de todos

(1) Según esta leyenda amazónica, al morir su amada, un indio tupí se la llevó al interior de la selva y en la soledad, lejos de todos, se enterró vivo junto al cadáver del ser que amó en vida. Sobre el sepulcro —dice la

los triunfos y justificación de todas las derrotas, que jalonan el largo camino de la Historia.

Los mocobíes por supuesto no emplean el luto. Al muerto lo mantienen unas horas bajo la sombra de los árboles, donde lo contemplan sumidos en honda meditación, sin cambiar palabra alguna. Luego lo transportan a pie o a caballo a su "napalpec" (cementerio) que cada tribu tiene en el monte, donde lo sepultan en un foso a la manera cristiana, pero sin féretro.

Los familiares y parientes cercanos, en señal de duelo ayunan sendos días. La duración del ayuno depende del grado de parentesco que los une con el extinto.

---

leyenda— brotó el árbol del Tamba-tayá "sangre de aquellos cuerpos y savia de aquel amor" según los hermosos versos de Gastón Figueira, cuyas hojas son dos hojillas pegadas, una más grande y otra más pequeña unida a la primera. Representan a la desgraciada pareja unida en un abrazo de eterna vida, sublime símbolo de amor.

En todo ese tiempo, los familiares más próximos evitan toda conversación y permanecen los días sentados, mudos y extáticos en las puertas de sus toldos, hasta que pasado el mal período, vuelven al optimismo y a la vida...

EL TIMBO

El timbó es un árbol corpulento de hermosa forma, cuya parte superior se parece a una sombrilla abierta. Su madera es muy consistente y tiene la particularidad de no agrietarse ni astillarse. Por eso es muy empleada en la construcción de canoas y piraguas. Su fruto es una baya negra semejante a una oreja humana. Por eso los guaraníes le llaman también cambá nambí (oreja negra). Este árbol tiene dos leyendas hermosas. Esta primera corresponde a los guaraníes, y es bastante conocida.

Saguaá, famoso cacique guaraní, tenía una hija bella como el sol, llamada Tacuareé. El cacique adoraba a su hi-

ja y vivía por ella y para ella. Pero he aquí que un día Tacuareé se enamora del cacique de una tribu lejana. Llevada por este amor irresistible abandona a su padre para unirse al hombre amado. Saguaá, desesperado, sale a buscarla. Anda días y días entre la selva afrontando miles de peligros. Nada le arredra. Quiere encontrar a su hija amada, que es su vida misma. En el delirio de la desesperación cree poder escuchar sus pasos en la selva y aplica su oído sobre la tierra. Ese oído capaz de escuchar los más recónditos murmullos de la selva y distinguirlos. Pero nada puede escuchar, y sigue andando y sigue pegando el oído a la tierra con la postrera esperanza de oír los pasos de Tacuareé. Cuando ya sus fuerzas están agotadas, cae rendido en la selva, presa de una fiebre fatal. Y muere con el oído pegado a la tierra...

Mucho tiempo después los hombres de su tribu lo encuentran, pero cuando lo quieren levantar, notan que tiene

una oreja unida a la tierra donde ha echado raíces. Para rescatar el cuerpo deben cercenar la oreja, pero ésta, que ya tiene raíces da origen a una planta que crece y se levanta en la selva, y todas las primaveras brinda unas bayas negras en forma de oreja humana, recordando las orejas del indio. Es el timbó o cambá nambí, que simboliza el amor paternal.

EL TIMBO (*Versión mataca*)

Esta otra versión corresponde a los matacos. Al igual que los guaraníes veneran al timbó. Pero esta adoración se concreta al timbó colorado. He aquí la síntesis:

Cuando el mundo chaqueño sintió el paso osado de los primeros forasteros, se estremeció. Se resolvió en un gran Consejo, hacer frente a los invasores sin más trámites y presentarle combate donde fuere. La más preciada hija

de un cacique mataco se puso al frente de su gente contra la voluntad de su padre. Inútiles fueron los ruegos del buen hombre y de su gente para hacer desistir a la mujer de su propósito. Esta, encarnizada por batir al enemigo, no sólo se puso al frente, sinó que organizó y dirigió virilmente la defensa y el ataque. Cuando las fuerzas punitivas partieron en busca del osado enemigo, el padre atribulado, quedó solo en la toldería, donde la valiente hija le hiciera quedar hasta que regresaran victoriosos.

Pasaron días y más días... La expedición no regresaba. Y no regresó jamás... Pero el cacique la esperaba siempre, y para cerciorarse de que estaba en camino, ponía sus oídos contra el suelo para escuchar sus pasos. Un día, la muerte lo sorprendió en esa postura. Y en ese mismo sitio creció el timbó, cuyos frutos son antenas invisibles que tratan de escuchar aún los pasos de la hija valiente que debe regresar...

EL PALO BORRACHO

(*Leyenda mataca*)

Los tobas le llaman copadañik, los guaraníes samohú o samohuí, y los indígenas salteños yuchan. Es un hermoso árbol de gigantesca talla. Los hay que florecen en rosa, en blanco, y en lila. Las plazas de los pueblos chaqueños se engalanan con este hermoso ejemplar de nuestra flora. Su tronco es ventrudo, en forma de botellón, cubierto de espinas caducas y su fruto es una valva que encierra capullitos de brillante algodón, que los indios emplean para "yuquear". (Obtener el fuego).

Cuentan los matacos que una vez, huestes enemigas (tobas) en número abrumador, invadieron la jurisdicción de los indios de su raza, a cuyo frente se encontraba el gran cacique Tailak, de virtudes y dotes singulares. El resultado de la lucha no podía dar lugar a dudas: los matacos iban a ser exterminados por su cruel enemigo. Entonces

Al frente de los matacos se encontraba Tailak, de virtudes y dotes singulares.

Tailak llamó al jefe de los tobas para que impusiera el sacrificio que creyera conveniente. Este no vaciló. El precio era la muerte a lanceamiento de Tailak. Cuando el pueblo tuvo conocimiento de ese precio se sublevó y quiso combatir, pero Tailak impuso orden y aceptó el sacrificio para salvar a su país.

El lanceamiento se realizó en presencia de su gente que lloraba desconsoladamente, ante la euforia del enemigo.

Cuando al día siguiente los fieles de Tailak fueron a buscar el amado cuerpo de su jefe, encontraron en su lugar una planta que resultó el "palo borracho". Sus espinas representan el dolor, sus capullos sedosos el amor a su pueblo y su denso follaje la protección que aun extiende a su gente en los días de estío.

EL PALO BORRACHO

(*Leyenda pilagá*)

Hemos visto la leyenda del Copadañik (o palo borracho) según los matacos. Veremos ahora, la misma leyenda, narrada por los tobas y pilagás, más corriente entre estos últimos.

Ambas leyendas no tienen nada de común. Ya hemos visto en "Algunos aspectos de la religión toba" que éstos y los pilagás creen que cuando una persona enferma, ello se debe al genio maligno de Payak, que se introduce en el cuerpo. El alma, entonces, abandona el cuerpo para refugiarse en el tronco del palo borracho, del cual no vuelve hasta que el espíritu del Mal abandone el cuerpo, o sea que el enfermo se restablezca.

Al respecto cuentan, que cierta vez Payak quiso desgraciar a todos los seres humanos. Para ello, necesitaba co-

existir en el cuerpo con el alma de cada ser para pervertirla. Pero Yaguec o Cotaá pudo más. Hizo huir las almas de los cuerpos y las mandó a ocultar en el tronco del palo borracho, al que a su vez cubrió de largas espinas para evitar todo intento de Payak.

Desde aquellos lejanos tiempos, cuando éste entra en los cuerpos, no encuentra las almas para consumar sus perversos propósitos, y las espera días y días y a veces ocasiona la muerte del cuerpo, pero jamás del alma que no regresa nunca hasta que el maligno se haya ausentado.

Cuando el enfermo se cura, es porque Payak se ha alejado y el alma ha vuelto. Cuando fallece es porque no se ha ausentado y ha absorbido la sangre del enfermo hasta ocasionarle la muerte...

LA LEYENDA DEL VINAL

El vinal es un árbol que suele alcanzar varios metros de altura, y se bifurca desde abajo hacia arriba en ramas delgadas cubiertas de enormes espinas. Las hojas son pares y el fruto es una vaina delgada y larga. Debajo del vinal no crece planta alguna, al parecer por emanaciones del mismo árbol no bien determinadas todavía.

Consignamos la causa de ese fenómeno, según la fantasía aborígen, que tiene para cada misterio una explicación sobrenatural.

Aconteció que en una tribu guaraní nació un niño con instintos manifiestamente perversos. Desde muy pequeño dió muestras de sádica crueldad, y a su impiedad no escapaban los más inocentes moradores del bosque, sean pájaros o animales.

Alarmada, la madre dió cuenta al cacique de lo que estaba ocurriendo. Este llamó a los hechiceros que des-

pués de una largo "consejo" llegaron a la conclusión de que el pequeño estaba poseído del espíritu de Añáhan y que mantenía relaciones con él. Era necesario pues, curarlo. Se resolvió en acuerdo con el cacique, apresarlo para llevar a cabo la importante tarea de desalojar el maldito del cuerpo. Pero cuando los hechiceros se acercaron al niño para cumplir su cometido, éste, retrocediendo sigilosamente preparó su arco y sus flechas. De nada valieron las amenazas del cacique. El niño esperó que se acercaran y descargó sobre ellos las flechas mortales. Consumado el crimen comenzó a huir perseguido por toda la gente de la tribu. En varias oportunidades el pueblo enardecido estuvo a punto de darle alcance, pero legiones de cardones, sobre los que el criminal pasaba como un hálito, les cortaban el paso. Finalmente le perdieron de vista...

Días después encontraron en la selva un árbol nuevo. Era el niño que había

caído muerto de cansancio, pero Añáhan le había hecho el último favor para protegerlo. Lo llenó de espinas. Y así nació el vinal por obra del Demonio. Tan malvado sigue siendo que a nadie permite vivir a su sombra, a excepción del cardón y el cardoncillo, que le ayudaron en su huída. A todas las demás plantas mata sin compasión. Por eso los indios procuran destruirlo donde lo encuentran, pero deben cuidarse de los garfios arteros que Añáhan le ha dotado...

CREENCIAS DE LOS MOCOBIES

Según los jesuítas, los mocobíes no tenían noción de Dios ni ritos que indicaran la presencia de un Ser Supremo. Sin embargo, o bien los jesuítas no penetraron en la profundidad de sus sentimientos, o bien esos indios crearon su Dios después. Más probable es que haya sucedido lo primero, pues en las mismas Relaciones de los Padres de la Compañía, se citan casos típicos de temor a un espíritu del Mal. Esa concepción es tan vieja como todas las razas indígenas. Es el choque milenario del genio del Mal por un lado, y el genio del Bien por el otro. El ateísmo propiamente dicho, no existió en ningún pueblo de la tierra. Claro está, la concepción es distinta. O mejor dicho, de acuerdo a la capacidad mental de cada época. El hombre, en su estado embrionario no veía, ante el misterio que le rodeaba, mas que dos fuerzas enormes en eterna pugna. El Bien en lucha con el Mal, que en el fondo es lo

mismo que sustenta el teísmo moderno.

Los mocobíes creen en el genio del Bien al que llaman Cotaá. Ese genio invisible está en el cielo y es el que hizo la tierra. (Cotaá iuet etná aloá: Dios hizo la tierra). Además hace marchar el Sol, la Luna, hace aparecer las estrellas en el cielo y fructificar las plantas generosas de la selva. Como es lógico, Cotaá tiene su enemigo. Es Neepec, el genio del Mal. El común demonio nuestro. Neepec hace salir mal las cosas; trata de desgraciar a la gente, de evitar la fructificación, de sembrar las desavenencias y los odios y engendrar los malos pensamientos.

El conflicto de Cotaá y Neepec es el conflicto eterno de nuestro Dios con el Demonio. Que a ellos los indios le hayan acomodado no pocos atributos cristianos, es muy probable. Pero es evidente que ambos espíritus son tan viejos como la misma raza, porque de ellos arranca el teísmo primitivo de todos los pueblos de la tierra.

LA CIRAIGO *(Leyenda mocobí)*

La hermosa Ciraigo era hija del cacique Ipenac. Desde muy jovencita éste la casó con un capitanejo de su tribu que tenía fama de valiente. Un buen día, una nación vecina invadió el tolderío de Ipenac en son de guerra. En el combate el capitanejo cayó herido de muerte, y Ciraigo le hizo promesa de que jamás casaría con otro.

Los invasores, mayor en fuerza y número, ultimaron a todos los componentes de la tribu a excepción de Ciraigo, a la que llevaron cautiva como trofeo de victoria. El cacique vencedor quiso hacerla su esposa, pero Ciraigo se mantuvo irreductible dispuesta a cumplir su juramento. Entonces el cacique, insolentado, quiso hacerla suya por la fuerza. Pero he aquí que Ciraigo invoca la ayuda de Cotaá, fervorosamente. Este escuchó el ruego; la convierte en un espectro blanco y la hace ascender lentamente hasta el "piguem" (cielo), donde queda eternizada en la Luna.

Ciraigo pues, es la Luna. Cuando crece es señal que rejuvenece, y es motivo de fiesta entre los mocobíes. Cuando decrece es señal que sus enemigos la atacan y le arrancan pedazos de su cuerpo. Pero la Ciraigo es inmortal y se renueva siempre, porque Cotaá la llevó al Cielo.

EL MANIC *(Leyenda mocobí)*

La playa del denso bosque donde estaba enclavada la toldería mocobí se ensombrecía con las primeras sombras vespertinas. Sobre el límite del monte movíase una sombra corpulenta. El cacique Nemec, cazador habilidoso como pocos, husmeó una presa en la sombra movediza, y sin perder tiempo se lanzó a capturarla. Pero por más empeño y artimañas que empleó para enredar al manic, éste se le fué de las manos como por encanto. Nemec, herido en su amor propio no consentía en regresar derrotado, y empezó una tenaz persecución. Pero el manic, entre los senderos del

Nemec era un cazador habilidoso como pocos...

monte huía. Detrás Nemec, afanoso, incansable...

Así estuvieron largo tiempo. El uno huyendo, el otro prosiguiendo su persecución afanosa, irrenunciable... Por fin llegaron al horizonte (1), y el manic, en lugar de precipitarse en el vacío se elevó al "piguem" (arriba, cielo). El indio, desfigurado, rendido, vencido, lo contempló en su raudo vuelo hacia las estrellas. Lo vió por fin detenerse en el fondo del cielo donde quedó convertido en constelación, radiante de esplendor. Nemec murió derrotado. Pero el manic se eternizó en el piguem...

El manic, que los mocobíes reconocen en el cielo, es la hermosa constelación del Crucero o Cruz del Sur. La muerte de Nemec no es otra cosa que la derrota. El manic la victoria. Para los mocobíes la victoria es la vida y la derrota la muerte.

(1) Por lo visto los mocobíes también participaban de la idea que la tierra era plana.

DIVERSIONES DE LOS MOCOBIES

Los mocobíes son los indios más civilizados y en consecuencia los que más imitan a los blancos. Cuando disponen de dinero van a los pueblos donde compran ropas, zapatos, sombreros, camisas, etc. Demás está decir que algunos se peinan y hasta se ponen gomina. Hay indias que se cortan la melena para presumir, y si esto no fuera basta, en sus toldos, cuando cae la tarde, remedan las danzas de los blancos a su modo. Esta es una de sus diversiones. Los adolescentes por su parte se entretienen en la cacería y piruetas de todo género, para lo cual tienen extraordinaria habilidad. Ya no es extraño que se les vea en los "boliches" de la zona, cuando éstos organizan fiestas, donde van en procura de la atención de algún blanco, sentados silenciosamente en el suelo. Sus fiestas, mezcla de español e indio, las realizan sólo ante algún grato acontecimiento, como pue-

de ser el casamiento de un cacique o la "coronación" de otro.

En sus danzas giran en torno al tamboril y cantan todos juntos. Luego unos y otros, como si fuera una payada o contrapunto. El cacique elije entre ellos el que debe servirles, y oficiar de apoderado y secretario. Fuera del corro las indias más viejas, sentadas en el suelo acompañan la danza con coronas de semillas que sacuden como panderetas llenando el ámbito con un invariable ¡chún... chún...!

Al final de cada parte se cruzan en forma de equis y trasmiten augurios a la pareja...

Cuando la fiesta termina, la "nabegabac" (pareja) sin más ceremonia se va a su rancho donde queda ayuntada para siempre ante Dios y ante su gente...

de ser el casamiento de un cacique o la "coronación" de otro.

En sus danzas giran en torno al tamboril y cantan todos juntos. Luego unos y otros, como si fuera una payada o contrapunto. El cacique elije entre ellos el que debe servirles, y oficiar de apoderado y secretario. Fuera del corro las indias más viejas, sentadas en el suelo acompañan la danza con coronas de semillas que sacuden como panderetas llenando el ámbito con un invariable ¡chún... chún...!

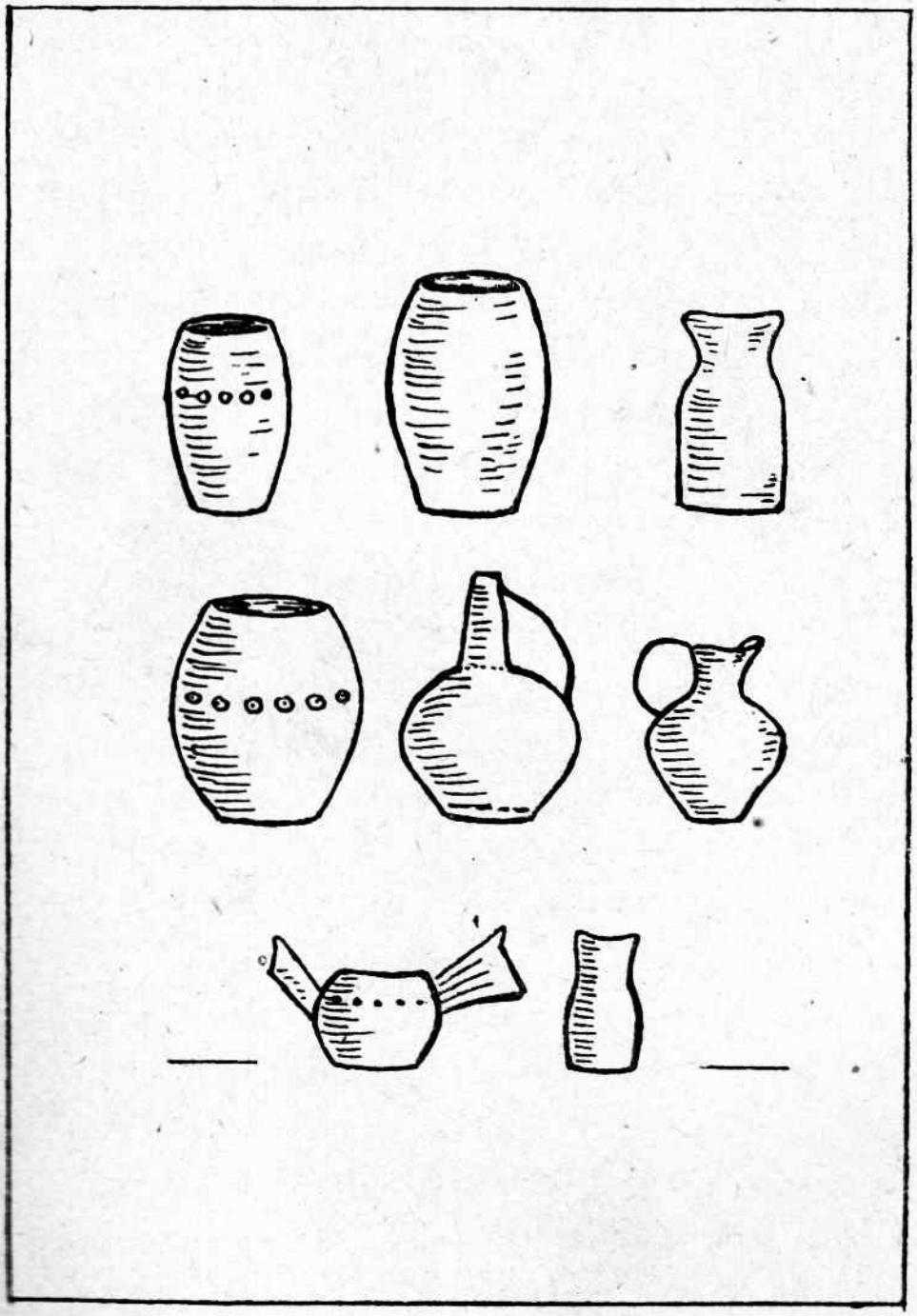
Al final de cada parte se cruzan en forma de equis y trasmiten augurios a la pareja...

Cuando la fiesta termina, la "nabegabac" (pareja) sin más ceremonia se va a su rancho donde queda ayuntada para siempre ante Dios y ante su gente...

ALFARERIA MOCOBI

Los mocobíes no son muy buenos alfareros. Asimismo sus piezas son de líneas sobrias y bastante bien terminadas. No utilizan el dibujo y muy poco las estilizaciones. En cambio, cuando abandonan la rutina de las piezas simples prefieren imitar las formas. Así fabrican jarrones imitando formas de pájaros, avestruces, venados, etc. El adorno común de toda su alfarería lo constituyen los "ojos protuberantes". Son éstos como su nombre lo indica, pequeños ojos o muñones que sobresalen de la pieza y siempre están dispuestos en forma horizontal. Según el relato del cacique Ramón —a quien doy fé— esto tiene relación directa con su teísmo. Son los ojos de Cotaá que lo ve todo. El número puede ser infinito, pues los ojos de Cotaá son infinitos. Como puede advertirse, no es totem, sino teísmo puro, donde tal vez no esté ausente la influencia cristiana.

Para fabricar sus cacharros mezclan



Piezas de alfarería que fabrican y utilizan actualmente los mocobíes.

en cantidad proporcional ceniza de huesos de animales (caballos, tigres, venados) con barro. La ceniza, luego de ser molida en morteros, es pasada por un cedazo primitivo que la deja como harina.

Cuando la masa está bien mezclada la dejan reposar un día para que tome consistencia. Luego comienzan a fabricar las piezas, comenzando por el fondo y siguiendo luego por el cuerpo, siempre a mano y formando hilos de mediana longitud. Concluída la pieza, la alisan con un trozo de hierro o madera y la dejan secar, para finalmente cocerla al aire libre rodeándola de leños. Por esa razón las piezas resultan a veces más cocidas de una parte que de otra. A pesar de que trabajan muy bien la arcilla, los trabajos resultan siempre quebradizos, pues la arcilla del Chaco no tiene la calidad de la arcilla de Salta o Misiones con la cual se pueden hacer alfarerías de admirable consistencia.

LEYENDA DEL NECHINIC

(Arbol del Fuego)

El nechinic, nombre que los mocobíes dan al árbol del fuego, es un arbusto que alcanza a tres o cuatro metros de altura. Su tronco es duro, pero sus ramas son blandas y se prestan admirablemente a la frotación de las manos. Las hojas son alargadas y de un color verde pálido. Ignoro el nombre que le asignan los indios de otra raza, aunque tengo entendido que algunos no lo conocen. El nechinic es más abundante que el árbol de la sal, aunque no es tan fácil encontrarlo. He aquí la hermosa leyenda de su origen:

Contemplaba una noche el cielo limpio y estrellado, el virtuoso cacique Nocaiguí, y mirando la Vía Láctea exclamó: —Si yo pudiera disponer de esa luz brillante para resguardar a mi gente del frío. Porque Nayec (la Vía Láctea) debe ser como un largo camino

Cotaá escuchó el ruego de Nocaiguí, el virtuoso, y mandó al Chaco el árbol del fuego...

de fuego, templado y suave, de llamitas mansas que calientan sin quemar...

Cotaá oyó su deseo: y como aquel cacique había sido virtuoso sin par, quiso convertir en realidad su sueño.

Al día siguiente delante de su imeguic (toldo), Nocaiguí encontró un hermoso arbolito. Lo miró largamente como alucinado, luego, impulsado por una fuerza superior empezó a frotar una de sus ramitas rosadas. Al cabo de unos instantes brotó en una de los extremos una brasa rojiza que emanaba calor. La arrojó sobre un montón de paja y ésta comenzó a arder súbitamente...

Nocaiguí desmayó de asombro. Cotaá no le había dado la luz y el calor de la Vía Láctea, pero le había dado ese hermoso arbolito que por siempre neutralizaría el rigor del invierno...

Así nació el nechinic, con el cual desde entonces los mocobíes se procuran el fuego...

HUIDA NOCTURNA

La falta de atención médica en las tribus, las viviendas insalubres, la falta de higiene y otros factores hacen que las epidemias entre ellos sean frecuentes y ocasionen verdaderos estragos.

Los curanderos y hechiceros —raleados por el contacto con la civilización— como es de imaginar, son impotentes para detener el mal. ¿Qué hace entonces el indio ante esa desgracia implacable, sin saber de lo que es capaz la medicina y la farmacopea? No concibe otra cosa que la persecución del Espíritu maligno, descargando toda su maldad infinita sobre la tribu y no halla otro recurso, para librarse de tal persecución, que la evasión secreta, "gambeteando" —en término común— el mal. Para ello realiza la ingenua huída nocturna.

El espíritu del mal —según su creencia— se mete en todos los rincones; en los "huetes, en las ropas, en las armas... Es, pues, preciso destruir todo

y huir. Para ello, se aprovecha la noche. En hora avanzada el espíritu duerme. Se queman las armas, la ropa, los toldos, las bolsas, etc. En fin, todo lo que sea posible quemar. Luego toda la tribu desaparece por las picadas oscuras, rumbo a otra heredad. Si la epidemia persiste, es porque no se han tomado las precauciones suficientes y el espíritu maldito dió con la huella. Se vuelve a hacer otra quemazón. Se extreman las precauciones. Se elijen los senderos más oscuros, las picadas más difíciles. Se borran cuidadosamente las huellas más visibles y se simulan rastros falsos para despistarlo o desorientarlo. Y así se procede tantas veces como sea necesario. Cuando la epidemia disminuye o desaparece, es que el espíritu dañino no encontró más la huella de los fugitivos y el mal ha quedado conjurado.

¡Suerte inmensa que el espíritu del mal no tiene ojos de gato para ver de noche!...

LA CAZA DEL SURI

He aquí el ingenio y la astucia de que se valen los matacos para cazar avestruces.

Sabido es que el avestruz —ágil, avizor y desconfiado— es presa muy difícil.

Desde tiempo muy remoto los matacos emplean un ingenioso ardid para darle caza, comparable en habilidad al que emplean los indios de la Puna para cazar vicuñas. Se disfrazan de palmera, en forma tan impecable que nadie sospecharía que dentro del engañoso tronco se oculta un indio. En la cabeza encajan inteligentemente la parte superior de una planta de palma, apoyada sobre los hombros. El tronco lo disimulan hábilmente con hojas, atadas con hilos de caraguatay. En conjunto, el cazador queda tan bien disimulado, que sólo quien conoce la artimaña puede distinguirlo de una palmera verdadera. El arco y las flechas se ocultan totalmente bajo el árbol ca-

mouflado. A la vista de la presa, el cazador avanza sigilosamente, pues el menor movimiento que el suri descubriera, todo estaría perdido. El "ponerse a tiro" es la tarea más ardua, pues el animal, por intuición y desconfianza levanta repetidas veces la cabeza. Si en una de ellas sorprendiera un movimiento sería lo suficiente para hacer fracasar la estratagema. Más aun, si advierte que una palmera "anda" de un lado a otro, avizorado, levanta la cabeza sin interrupción, haciendo problemática la aproximación. Si el cazador, por fin, alcanza a colocarse "a tiro" la victoria es suya. En un segundo descarga sus flechas certeras sobre el animal que desesperadamente trata de huir. Pero en ese caso ya es tarde, porque irremisiblemente caerá bajo la puntería artera de las flechas que parten del árbol movedizo.

De ese modo vence el indio al más rápido y receloso habitante de la selva.

CREENCIAS Y SUPERSTICIONES DE LOS MATACOS

Los matacos creen en la existencia del alma desde tiempos remotísimos, y de ello encontramos referencias en antiguas crónicas, y especialmente en las relaciones casi desconocidas de un explorador del Chaco: el coronel A. Baldrich, publicadas hace más de medio siglo (1).

Para ellos, todos llevan un espíritu inmortal: el aoot. Cuando alguien muere, el aoot abandona el cuerpo y va a morar bajo tierra donde sus buenas o malas acciones son tenidas en cuenta por los demás aoots que forman algo así como un Tribunal para juzgar a las almas.

Es creencia que los aoots abandonan su mansión subterránea, y vagan en torno de los huetes para informarse del comportamiento de sus familiares y

(1) A. Baldrich. "Las selvas vírgenes del Chaco".

asustar a parientes y amigos. Por eso no salen de noche si no hay luna, y como le temen a la oscuridad, encienden frecuentemente pequeñas fogatas alrededor de los huetes, especialmente si hubo un muerto reciente en la tribu.

El aoot de un indio muerto en tierra extraña vaga penando eternamente si el cuerpo no ha recibido sepultura. Los demás lo rechazan entonces por impuro, en manera que está condenado a peregrinar hasta que una mano piadosa le dé sepultura. Por eso es común que los matacos entierren restos humanos donde quiera que los encuentren, convencidos de salvar a un aoot de su penosa proscripción; y jamás revelan a nadie donde se encuentran las sepulturas de su gente. Tal vez sea también éste el motivo por el cual queman muchos de sus muertos, especialmente la cabeza, considerada morada natural del aoot.

Por lo general entierran a sus muertos en un foso, de pie, con la cabeza

afuera para carbonizarla —como ya hemos señalado— con fuego de abundante leña, que amontonada sobre la cabeza yacente arde a veces un día entero. En un pequeño pozo adyacente entierran las ropas del muerto y las armas que le han servido en vida, y también urnas con alimentos para que el espíritu pueda saciar su apetito... Otras veces suelen dejar el cadáver insepulto uno o dos días, en la esperanza que ONOGAIT (espíritu del bien) hagar el milagro de resucitarlo. Es ritual que mientras el fuego carboniza al muerto, se realizan ruidosas bataholas y simulacros de pelea, con el propósito de ahuyentar a los espíritus del mal que merodean en acecho por los toldos. Cuando se trata de un cacique no se le somete al fuego. Es más común que se le siente a horcajadas sobre un tronco o un árbol inclinado, colgado del cuello a una rama para mantener esa incómoda posición. A otra rama próxima se atan las armas que le pertenecieron,

incluso alimentos y agua. Otras veces se deposita todo en el suelo, disimulando entre hierbas y matas, muy cerca del difunto.

El lugar donde el cacique se ha desecado en su viaje eterno, se considera sagrado, y a él acuden además de los indios, otros caciques para inspirarse en las virtudes del muerto. La sepultura aérea no es definitiva, pues nada hay más sacrílego para una mataco que dejar un cuerpo insepulto. De modo pues, que cuando el cuerpo se ha desecado por acción del aire y del sol, se le entierra con todos los honores, teniendo siempre cuidado de sepultarlo en un sitio oculto y borrar las huellas del mejor modo posible...

LAS CHACAS

Entre las supersticiones más arraigadas entre tobas, matacos y pilagás podemos mencionar el temor permanente a los genios malignos. Este temor in-

tranquiliza a la gente, que vive pendiente de supuestos movimientos de esos gnomos incorpóreos que acechan todos los actos de la tribu. Desde luego, no era posible que estos indígenas permanecieran impasibles ante esa permanente amenaza que tanto perturba su plácida existencia.

De modo pues que tratan de contrarrestarlos con amuletos mágicos, que tienen poder para impedir que las maquinaciones malignas tengan efecto.

El amuleto más común es la "chaca". Es éste un collar de plumas de avestruz, con fibras de chaguar, semillas y pedrerías. Lo atan en las piernas, sobre las pantorrillas o los tobillos. Este amuleto tiene un poder prodigioso y múltiple. Aleja las brujerías. Evita el cansancio. Con la fuerza que les da y que se trasmite a sus cuerpos por un proceso de autosugestión, recorren leguas y leguas, venciendo el sopor y la fatiga. Neutraliza las mordeduras de las víbo-

ras. Sirve de adorno en las danzas y protege a los cazadores.

Son tantas las virtudes de las chacas, que todos los indios del norte las conocen. Los chorotes le asignan la virtud de evitar las epidemias. Otros indígenas, además, lo utilizan como mascota, con la cual pueden satisfacer con más facilidad sus anhelos...

EL RESPETO A LA VIDA

El respeto a la Naturaleza y sus leyes es un tabú de parte de la mayoría de las razas primitivas. Los matacos no derriban un algarrobo en la época de su florecimiento. Los mocobies no apresarán jamás un pájaro en la época de ponencia o empolle, aunque se les ofrezca una suma tentadora.

—No siendo tiempo para cazar animalitos... — es la contestación invariable que se escucha de sus labios. Y no habrá quien los saque de ahí. Del mismo modo se negarán cazar venados,

guasunchos, etc., en tiempo de celo o cría. Jamás cortarán la rama de algún árbol en florecencia o fructificación, para fabricar sus armas o alimentar el fuego. Quien comete esa irreverencia recibirá irremediablemente el condigno castigo de Cotaá, porque este generoso espíritu hizo las cosas para que los hombres se sirvan de ello a su tiempo.

Los "yalets" (niños) no se entretienen en destruir nidos o matar polluelos. En cambio los cazan en edad adulta.

Esta observación escrupulosa de las leyes de la vida de parte de chicos y grandes es tal, que nos hace suponer que ellos y la Naturaleza se compenetran de tal modo que parecen destinados a preservarse recíprocamente. Ellos respetan las leyes de la vida y la Naturaleza, comprensiva y generosa, les devuelve en frutos y especies esa noble comprensión.

No será ése el secreto de que la selva jamás los absorve o los diluye, como

suele acontecer con los blancos, que mueren en sus redes, ignorantes de sus misterios y del desconocido influjo de sus leyes?...

LA LEYENDA DEL ISONDU

El isondú es un insecto del grupo de los coleópteros, semejante a una pequeña larva o gusanito. La cabeza es como un rubí, de una luminosidad maravillosa, y el resto del cuerpo forma a ambos lados una cadenilla de once puntos igualmente luminosos, o sea en total veintidós lucecillas, que emiten un resplandor ininterrumpido. Isondú, en guaraní significa "gusano de luz", y como lo describe el gran Holmberg: "su cabeza no ofrece nada de particular, es de un color amarillento — testáceo — que apenas difiere del resto del cuerpo, como sucede con las partes de los otros segmentos que emiten luz fosfórica". Tal ese insecto magnífico que, en grupos, semejan en la noche, una fan-

tástica procesión aérea de perlas luminosas...

Deslumbrada por su belleza nocturna, la gente nativa necesitó una explicación de esa maravilla, y la frondosa fantasía guaraní la concibió así:

El isondú era el joven más apuesto de toda una inmensa región desde el Paraná al Uruguay, y del arroyo Yabebirí al Guñapirú.

Además de apuesto, era afable y bondadoso. Todas las "cuñás" andaban locas por él, olvidándose de los demás hombres. Eso trajo la envidia de todos los "caria-í" (mozos) que decidieron buscar una oportunidad para matarlo. Llegó el momento propicio una noche de luna, y así lo hicieron. Pero cuál no sería su sorpresa al notar que con el último suspiro el muerto se convertía en un insecto maravilloso con veintidós luces; una por cada cuchillada que había recibido, y la otra en la cabeza que era el corazón.

Los asesinos contemplaron atónitos la

maravilla. ¡El isondú!... ¡El isondú!... El gusano de luz... Y sintieron más envidia impotentes para exterminarlo. Y desde aquel entonces el isondú anda por los bosques con su luz inmortal, para castigar a los envidiosos...

LA DECLARACION DE AMOR ENTRE LOS CHIRIGUANOS

Cuando un chiriguano quiere declarar su amor a la india de su preferencia, no lo hace en los galantes términos empleados por los tenorios de última moda. Nada de palabras, nada de frases melosas, nada de promesas, nada de largos idilios, nada de románticos suspiros. Pero esto no significa que sea una declaración prosaica y carente de emoción, ya que es una costumbre como nosotros tenemos la nuestra. El indio que desea a una mujer por compañera se le declara de esta singular manera. Sobre sus espaldas carga un gran haz de leños y recorriendo los

toldos deposita la carga frente a la puerta del toldo donde está la india que quiere por esposa. Hecho esto se retira silenciosamente sin decir una palabra. Queda hecha la declaración.

Para cerciorarse si la dueña de su corazón acepta o no su declaración, debe volver a la mañana siguiente. Si la india ha retirado el haz de leños, acepta ser la compañera del declarante. Si el haz permanece en la puerta como fué llevado, "galleta" para el pretendiente. Como puede verse, la declaración se realiza sin discursos ni palabras. Si la joven acepta el requerimiento, el indio agraciado trata en seguida con los padres los detalles del casamiento y recién desde entonces habla con la que será su futura esposa. Ocurre a veces que en un mismo toldo hay dos o tres indias casaderas; entonces para evitar confusiones el pretendiente debe mirar solamente a la joven que demanda por compañera en el acto de depositar la carga.

Los chiriguanos son excelentes esposos, aman y quieren entrañablemente a su esposa y a sus hijos, y a este respecto se cuentan verdaderas proezas de amor filial.

LAS BABAS DEL QUEBRACHO

Contratar indios para desmontes es cosa sencilla. Pero esto se torna asunto difícil cuando se trata de los indios matacos y el monte es de quebracho. Hay que ver entonces las excusas pueriles que aducen para evitar el acuerdo,

—Estando muy cansado patroncito...

—Teniendo mucha plata ganada...

—Pagando muy poco patroncito...

Y así por el estilo. Finalmente confiesan que temen afrontar las iras del quebracho, cuyas babas infernales les ocasionan pústulas malignas, muy difíciles de curar. Atribuyen este mal a una vieja leyenda. Dicen que el quebracho, un día, desesperado que lo persiguieran con tanta saña, se dirijió al Demo-

nio implorando protección. Este le manifestó que no era posible evitar la destrucción en manos del hombre, pero que en cambio le daría el poder de una secreta venganza. Esto sería: cada vez que un indio quisiera aprovechar su leña le contaminaría el mal de la "sarna".

Desde entonces cuantos indios hieren al gigante de la selva para arrancarle su oro verde, éste les contamina la "sarna", cuyas llagas diabólicas supuran constantemente. Son las babas que el Demonio le ha dotado para defenderse de la tenáz persecución del hombre...

Esta leyenda es muy curiosa. En efecto, los hacheros contraen con frecuencia llagas y úlceras. Pero parece ser el efecto del ácido tánico del quebracho, cuyos efluvios, bajo la acción del hacha caen sobre el cuerpo del operario, por lo general semidesnudo, produciendo la consiguiente infección.

SEÑALES

Es sabido que entre la selva impenetrable los medios de comunicación son difíciles y lentos. Esto lo han remediado en parte los pueblos indígenas de todas las razas. Entre los tobas y matacos el humo y las fogatas anuncian la proximidad de extraños. Esta señal es inequívoca. Las fogatas tienen un lenguaje centenario que se traduce en estas palabras: "Blancos a la vista".

Fogatas en la selva chaqueña indican que anda gente extraña por esos lugares. Tambien los tobas y matacos disponen de otros medios noticiosos cuando quieren ampliar la señal o determinar el carácter del peligro. Así unos palitos cruzados en el ramaje, que cuelgan sobre una picada, quiere decir: "Alerta. Hay peligro". Palos cruzados en el suelo de los senderos y picadas quiere decir: "Hay que estar prevenidos". Pedazos de flechas colgados en los árboles dicen "Hay que vigilar. No conocemos las intenciones". Cenizas en

los senderos quiere decir: "Hicieron daño. Venganza". Fogatas en la noche indican siempre un suceso infausto: invasión, despojo, epidemia, muerte etc.

Alguna vez hice notar que ese lenguaje mudo de la selva, era exactamente igual entre los indios chaqueños y los nativos de las islas Sonda.

El ingenio de los hombres primitivos era pues el mismo en distintas latitudes del planeta, y frente a ella bien podríamos pensar en una herencia ancestral de la unidad étnica del género humano.

SOBRE COSTUMBRES Y RITOS

Hay en el Chaco y Formosa grupos étnicos pertenecientes a los tobas, pilagás, matacos, churupíes, lenguas, chiriguanos, mocobíes y guayaquíes. Estos últimos viven en los confines de Formosa con el Paraguay. Son salvajes y de talla baja, y posiblemente constituyen el residuo de las razas indígenas cha-

queñas. Además los hay de otras parcialidades y razas, pero las condiciones de trabajo, especialmente la zafra, los han refundido en muchos casos, a tal extremo, que hay núcleos cuya clasificación es problemática.

Como ya hicimos notar, el indio, por el contacto con el blanco abandona paulatinamente sus antiguas prácticas, ritos y costumbres. Aunque no del todo. Siempre vive en ello el recóndito apego a sus ritos y tradiciones, a los que dan rienda suelta en la mejor oportunidad.

Los mocobíes por ejemplo, han dejado completamente el tatuaje. No así los matacos, los pilagás, los tobas, los lenguas y los chiriguanos que lo practican, especialmente en los brazos, pómulos y frente. La tinta para el tatuaje la obtienen de la esencia del palo bobo, (aliso) que mezclan con polvo de valvas (moluscos), que abundan en las orillas del Pilcomayo y el Bermejo. El tatuaje lo realiza un indio entendido

en ese arte, que punciona cuidadosamente la piel con una espina de tuna, vinal o jacarandá y la va introduciendo alternativamente en la tintura y en la epidermis. Los dibujos son generalmente líneas rectas y curvas paralelas, aunque también son comunes las circunferencias con cruces y flechas punteadas.

Estos indios tambien acostumbran horadarse los lóbulos de las orejas, el mentón y el labio inferior, para colocarse adornos: maderas, huesecillos, espinas vegetales, dientes, etc. Por el orificio del labio inferior silban de un modo singular, y hasta creo se transmiten mensajes a larga distancia, aunque esto no me lo han revelado.

Los tobas, cómo los matacos, ante cualquier desgracia cambian de paradero y hasta se cambian el nombre, para que el "Dalematá" (espíritu del mal) no los identifique.

Los churupíes son quizás los indios más inteligentes del gran Chaco, jun-

to con los mocobíes. A su gran capacidad para el trabajo físico se une su gran capacidad mental. Aprenden con facilidad lo que se les enseña y así hablan el castellano con toda corrección, realizan excelentes trabajos de carpintería y primorosos tejidos. Algunos dominan cuatro o cinco lenguas indígenas. Son indios altos, bien proporcionados, de tez cetrina y hasta los hay rubios.

Y ya que hemos hablado de los tejidos, diremos que en habilidad corren parejos. No sabría, en realidad, quiénes son los mejores, pues todos ejecutan trabajos admirables. Confeccionan sogas, hilos, cuerdas, bolsas, fajas, cinturones, etc., que son un primor. Emplean lana, raíces de cardo o fibra de chaguar y caraguatá, que tiñen con hermosos colores que obtienen del curupay, ibiraajú, jacarandá, palo bobo, urucurana, etc. (De esta planta la farmacopea obtiene el aceite de crotón cuyas virtudes ellos también conocen).

Todos usan el arco y la flecha, a excepción de los mocobíes que utilizan la lanza, y si es posible —el modernismo avanza— alguna escopeta vieja que algún capataz de ingenio les ha regalado en saldo de cuenta.

El arco y la flechá lo hacen con ramas de guayaibí, coctá o jacarandá. Los mocobíes hacen la lanza con cualquier leño, pero la punta la hacen de guayaibí o palo mataco, madera sumamente dura y resistente. Esa punta la encastran en el cuerpo y la atan con hilos de chaguar o cardo.

Las fiestas, repetimos, tienden a desaparecer; pero, asimismo, es posible ver alguna de cuando en cuando. Especialmente después de la cosecha de la algarroba o el regreso de la zafra, si es que no han quedado muchos sobre los surcos para siempre... Tobas y matacos son los más consecuentes con sus tradiciones. Después de la liviana recolección de la algarroba que Dios les da, es cuando pueden verse sus fiestas.

Los caciques actuales han perdido su autoridad omnímoda para convertirse en consejeros.

A la lumbre del fuego, mientras la aloja va de boca en boca en rústicos jarrones, es cuando despiertan los dormidos instintos y las dormidas tradiciones de esos pueblos humillados y pisoteados en nombre de mentidos derechos.

La juventud india, como todas las juventudes del mundo, da rienda suelta a su contenido vigor, a sus ansias insatisfechas, a su alegría, y ¿por qué no decirlo?..., a sus penas y tribulaciones. La fiesta sirve para olvidar y borrar todas las tristezas y vivir en el dulce mundo de la inconsciencia donde se sueña y se pierden los sentidos. Porque en cada fiesta se evoca el esplendor pasado, el ingrato presente y el incierto futuro; y hasta en detalles, todo lo acontecido en el día. También rememoran lo que fué quizás su arte dramático.

He pensado en esto cuando vi una fiesta con indios que, disfrazados de gatos, tigres, perros, venados, zorros,

etcétera, desarrollaban una verdadera comedia selvática. No faltaban, por supuesto, los hombres. Una parte estaba dedicada a la escena, donde los presuntos gatos, perros, etc., imitando a la perfección sus voces y movimientos, se "aguaitaban", jugaban astutamente, empleaban todas las tretas imaginables para hacerse caer en sus respectivas celadas.

Luego luchaban, peleaban, se embestían salvajemente y el que llevaba la peor parte se batía en retirada. El indio disfrazado de tigre se ocultaba detrás de un árbol o sobre una rama y arrojaba como carnada unos pajarillos muertos. El papel del zorro consistía en sacar los pajarillos sin ser alcanzado, empleando a su vez todas las artimañas de que era capaz. En este caso empleó un palo, y cuando todo hacía suponer que iba a tratar de acercarse cautelosamente a los pájaros, como un rayo se lanzó sobre la rama donde esperaba agazapado el "tigre" que, con

el peso de ambos, se quebró. Mientras el "tigre" en el suelo no acertaba a salir de su incertidumbre por la inesperada y rápida acción de su contrincante, éste, con toda presteza se llevaba los pajarillos entre la algarabía de los espectadores. ¿No es ésta una verdadera comedia con personajes reales, que encarnan los caracteres de los protagonistas con justeza incomparable?...

En cuanto a sus bailes, monótonos y aburridores al principio, no dejan de mover a la meditación y al recogimiento. El "director", con un tambor confeccionado con un tronco de yuchan partido en dos y cubierto con cuero de vizcacha, se coloca en el centro. Las parejas en derredor forman círculos, tomados solamente de las manos. Al principio giran al paso, luego la marcha aumenta la velocidad en proporción a los golpes del tambor (que los tobas llaman pin-pin). Las parejas contonean el cuerpo en movimientos rítmicos y suaves al comienzo y violentos

al final, con mucho de reminiscencias eróticas. A todo esto se une el tintineo de los cinturones cargados de amuletos, latas, semillas, etc., y un coro doble y alterno. El uno masculino, grave, profundo y prolongado que habla de todo el dolor de la raza y de los misterios de la selva. El otro femenino, por lo común, en vocal "e", agudo, lastimero y largo, que parece desparramar al viento en las noches caniculares, el gemido doloroso de una raza que impreca su derecho a la vida y que se resiste a morir. Tal es la impresión que se hace carne en el forastero que la escucha, y a fuer de sincero, estoy seguro que no se necesita ser romántico para "sentir" ese llanto desesperado de un pueblo que nosotros empujamos al abismo...

Y así sigue la danza una y otra vez, hasta altas horas de la noche o hasta la madrugada, en que termina, porque todos sus protagonistas han quedado tumbados por el cansancio, el afán, la

pasión intensa del instante vivido y el efecto de la aloja.

Cuando la fiesta se realiza en honor de una joven que ha sido declarada apta para el matrimonio, no hay representaciones teatrales, pero sí danzas, libaciones y borracheras. El "práctico" ejecuta a la púber tatuajes en la espalda, en los brazos y en el rostro. Estos estigmas tienen la misión específica de conjurar los espíritus malignos.

Cuando se casan, el "tarait" (joven adulto, novio) y la "lehuá" (novia, mujer púber) se internan en el bosque donde realizan a su manera la luna de miel...

Al cabo de unos días regresan, él armado de cazador, y ella con un haz de leña y se reintegran a la vida común.

El rito varía si alguna india se casa con un extraño. En este caso, en medio de la fiesta cubren las cabezas de los dos novios con cueros de venados, y éstos, entre la confusión de los espec-

tadores deben encontrarse y reconocerse, palpándose con las manos, lo cual no siempre resulta fácil.

Finalmente, las víboras venenosas, tan abundantes en el Chaco, causan muy pocas víctimas entre ellos. Conocen la época de mayor peligro, por el cielo, el tiempo y el viento. Ignoro si esto es ciencia empírica o simple creencia. Las mordeduras de esos terribles ofidios dicen neutralizarlas con la succión y masticación de una hierba que obra como antídoto infalible. También como prevención utilizan un cinturón de cuero venado, pues es éste el peor enemigo de las víboras venenosas. Las persigue y las mata donde las encuentra. El cuero de venado por antonomasia las ahuyenta, y aunque creo hay mucho de cierto en esto —intuición instintiva de la vida— no lo creo del todo infalible, y preferiría siempre dormir en la selva sobre hamacas colgantes, o dentro de un círculo de ascuas o rescoldo, cuya eficacia y bondad he tenido oportunidad de comprobar.

PLANTAS RARAS DEL CHACO Y FORMOSA

La flora del gran Chaco es prodigiosa, y debe ser guardada como tesoro. Hay ejemplares que, a no mediar la intervención de la Dirección de Bosques, desaparecerán por obra de traficantes de hierbas y especies vegetales. Igualmente puede decirse de la fauna. Pocas regiones del globo han sido agraciadas con una flora y una fauna tan rica y variada, que no puede menos que despertar la admiración. Entre las rarezas de esa flora, que son incontables, y que mejor serían narradas por un botánico experimentado, citaré algunas con el solo objeto de ilustrar al lector sobre la inmensa variedad de esas especies.

En primer término, citaré al *caraguatay,* porque, aunque no existe leyenda al respecto, Dios debe haberla mandado al Chaco para aplacar la sed de sus habitantes. No viene a ser ni más

ni menos que el "iobec-mapic" que Dios quiso que fuera, y salió árbol de la sal. El caraguatay es una planta parecida al ágave o pita, de hojas largas y duras, cuya fibra se usa para hacer cuerdas ,terminadas en afiladas puntas. Tiene la virtud de juntar agua de lluvia. Es baja, y para obtener el agua, una vez desbrozada las hojas, se corta a superficie del suelo y luego se punciona la parte inferior del tronco, que en seguida deja escapar como por encanto, un hilo de agua fresca que puede llegar de uno a dos litros.

El *palo santo* es un árbol de múltiples aplicaciones. Lo utilizan la mayoría de los indios para obtener fuego. Para esto colocan caapí pé (algodón del palo borracho) en la muesca de un tronco de palo santo y con una varilla que acomodan en la muesca la hacen girar entre las manos hasta obtener la llama.

El *palo cruz* es un árbol de madera blanca, corteza óscura y ramas dispues-

tas en cruz (de ahí su nombre). Las hojas forman ramilletes ásperos y que caen con frecuencia, dejando el árbol esquelético. En Corrientes se le llama "polledokoik" y en el Chaco los habitantes también le llaman "Martín Gil" o "Palo barómetro" por tener la rara particularidad de llenarse de hermosas flores amarillas cuando está por llover.

El *guapoy* es un árbol parásito que crece sobre el tronco de otro, atándose a él y encerrándole en un verdadero estuche. Al parecer le absorbe la savia, y se liga de tal modo a la víctima que estrangulada ésta, cae y muere. Este arboricida debe ser destruído sin compasión en defensa de la flora.

A veces el árbol aprisionado es de reconocida fortaleza. Entonces el duelo es dramático, en cuanto la víctima se defiende hasta donde le es posible. Pero siempre vence el guapoy.

El *ibirá jú* o palo tinta, es pequeño, de hojas verde oscuras. De la corteza se obtiene una tinta negra indeleble,

que se utiliza para teñido y tatuaje. Los tobas le llaman "lamakait".

El *ñuati curuzú* o espino en cruz (por la disposición de sus espinas o garfios), sirve para construir puntas de flechas. Pero su secreto lo constituyen sus espinas que son venenosas y se las utiliza en las flechas. Las heridas provocadas por esas espinas son de difícil curación y su veneno altamente tóxico.

La *palmera pindó* tiene siempre en sus cogoyos un gusano blanco llamado "tombú" que los indios asan y comen como chicharrón. La grasa del mismo gusano la utilizan para curar heridas.

El *palo bolilla* o *palo coco* es una planta anual que crece a orillas de las lagunas. Su fruto es comestible y tiene un carozo negro. Este, una vez tostado y molido, es utilizado como café. Muy bien podría llamársele "el café del Chaco".

El *payaguá labón* es un hermoso arbolito que tiene al lado de sus hojas una cucharita larga y delgada, por eso

también se le conoce con el nombre de "cuchara india".

El *nepanta* es una planta que tiene una especie de tubo con el cual se apodera de los insectos y luego los digiere.

El *yacaré cáá* se utiliza en cataplasma e infusión contra las mordeduras de las serpientes venenosas, con resultado más positivo que la canchalagua.

El *mbaracayá pia pé* es un planta que tiene fibras tan consistentes, que con las mismas se pueden fabricar cables y sogas de mucha resistencia.

VOCABULARIO CASTELLANO - MOCOBI

No se tiene conocimiento de un vocabulario castellano-mocobí, a excepción de las anotaciones y elementos glóticos recogidos por el Padre Florián Baucke, de la Compañía de Jesús, en el territorio de Santa Fe, entre los años 1750 a 1755, cuyos originales escritos en alemán, aun no han sido tra-

ducidos al castellano, a menos que el Padre Guillermo Furlong (que está reuniendo en forma admirable los antecedentes y manuscritos de la Orden, los haya traducido ya).

Este vocabulario fué recogido en el Chaco (1) entre los indios de esa raza, que suman en total unos mil quinientos individuos, distribuidos en seis tribus, que ocupan la parte meridional del territorio, ubicadas en El Pastoril, La Tigre, Villa Angela, Col. General Necochea, Col. Domingo Matheu y Villa Berthet.

Los vocablos han sido rigurosamente confrontados entre los indígenas de las tribus ante citadas. Como colaboradores principales debo citar a Francisco Nolasco Mendoza (hijo del cacique, general mocobí José Nolasco), de General Necochea; José Manito, de El Pastoril; Bartolo Acosta, de Col. Do-

(1) Este vocabulario fué recogido por el autor en un viaje realizado al Chaco en una misión especial de la Comisión Indigenista.

mingo Matheu y otros. Consta de algo más de quinientas palabras y estimo que es más o menos completo.

El estudioso encontrará en el mismo no pocas palabras tobas, tales como "napalpec" (cementerio), "manic" (avestruz), que los jesuítas recogieron "amanic"; "labid" (la tarde), etc. Asimismo encontrará palabras de origen abipón (aunque esta lengua es poco conocida, a pesar de que existe en alemán una gramática abipona escrita por el padre Dobrishofer). Esto no debe extrañar, por cuanto tobas, mocobíes y abipones eran sólo distintas parcialidades de la rama guaicurú. Debo advertir que en el Chaco ya no quedan indios abipones.

La pronunciación es marcadamente silábica y su fonética es más o menos corriente a excepción de la "c" final que muy fácilmente se confunde con la "g", y viceversa. La terminación "gn" es gutural y casi imperceptible.

VOCABULARIO

Abajo - Iabá
Abeja - Rapic
Ablandar - Colachic
Aborto - Maga-í
Abrazar - Sa-a-andé
Abrigar - Ilamó
Abrir - Bacgic
Abuelo - Chapí
Abundar - Uit
Acá o aquí - Yi cú
Acariciar - Pioc
Acatar - Laca ité
Acechar - Puric
Aceptar - Cuyi ic
Acercar - Nocoi Loc
Acertar (con la flecha) - Iñic
Aciago, desdichado - Seno guec
Aclarar - Caichugtetá
Acobardar - Icomatic o caimagué
Acometer, atropellar - Deguenteled
Acompañar - Decoiac
Acontecer - Yicú
Acortar - Caichic canconasti
Acostarse - Nenañé
Acostumbrarse - Naiagué
Acreedor - Hué yaguadé
Acuchillar - Iabé lecat
Acudir - Neconevó
Acusar - Casao gá set caimagtec

Achacar - Laitá o caigetétápagá
Achaque - Pagañéreled
Adelantarse - Abetá
Adelgazar - Ochoquit o canconagetá
Ademán - Caiadenegled
Adentro - Label
Admirar - Saantad a saantac
Adonde - Taiqué
Adorar - Tacuné té
Adúltera - Baluná
Advertir - Cuila saá
Afecto - Lubaá
- itag; hijo - ialec; suegro - llichú; nuera - latec; yerno - yacónelac
Afirmar - Iernitec
Aflicción, tristeza - Rachicotí
Agarrar - Caiaconá
Agonizar - Ilebetac
Agradecer - ñaachic
Agua - Vaiac
Aguaitar - Nañogosñéc
Aguijón - Lan
Agujero - Labac
Ahogar - Iatatplág
Ahora - Naguí
Ahorrar - Seumac o seomac
Ahumar - Lechinated
Aire - Nonot
Ajeno - Yocaá
Ala - Lavac
Alaridos - Yabalac labalagñé

Alba - Rechiñé
Alborotar - Ialategnéc
Alegre - Resingnitad
Algarroba - Map
Algodón - Canchac aicá
Alimento - Loc
Alma - Neguihí
Aloja - Capagá
Alto - Ladocaiagné
Alzar - Nerac iguem
Amar - Noeotá
Amargo - Chem
Amarillo - Coñé
Amenazar - Caiadentaled
Amigo - Iapá
Anciano - Cocgaigné
Ancho - Leagué
Angosto - Secalogné
Angustia - Negorigné
Ansias - Leyagá
Antes - Naliacá
Antiguo - Guezóm
Anzuelo - Locoiná
Año - Nagá
Apagar - Caiomad
Apartar - Nasepteg
Apretar - Caipatañé
Apuntar - Coiriñé
Apurar - Caiealcached
Araña - Palachergá
Arbol - Mapic

Arco - Logasig
Arma - Logog^{g}nat
Arríba - Caiocosimá
Arroyo - Roó
Atrevído - Caicá la yelgó
Avanzar - Caiguentalec
Aves - Ió
Avestrúz - Manic o mañeg
Ayuda - Natanagné
Azote - Caiobagán

Bailar - Yazotatá
Bajar - Canacoñé
Barba - Carebé
Barriga - Racom
Barro - Neciagn
Beber - Nehet
Bebida - Latagá
Bella - Loyagné
Besar - Nocogoc
Bien - Macachiñé
Blanca - Lalagai
Boca - Lap
Borracho - Gueñegúuetigné
Bosque - Oché
Brillar - Casiled
Brazo - Labá
Bueno - Renanaraigné
Burlar - Cainetagn

Cabello - Levebé
Cabeza - Lacaigné
Cacería - Locoiche

Caer - Nanem
Caliente - Pahé
Calma - Nechecogó
Camino - Nechec
Campo - Noengá
Cantar - Roengañ
Cementerio - Napalhiepí o napalpí
Ceniza - Lo
Cerrar Caipogní
Cocinar - Sebosé
Codo - Cogné
Colgar - Coiapic il
Color - Caiapic en
Comenzar - Iamzohet
Comer - Guihé
Comprar - Recinanic
Confesar - Rechootañ
Contar - Nalóñ
Contrariò - Neguenabá
Conversar - Ietic nag
Corazón - Letanetá
Corral - Copariló
Correr - Nazagó
Cortar - Iechagní
Cosecha - Nohemated
Crecer - Ñad
Crimen - Laguai
Crudo - Tognichigni
Cristal - Rechañé
Cruzar - Nebegá
Cuchillo - Leçat

Cuello - Lozat o locozat
Cueva - Lbaád
Cuñado - Iapá
Chico - Notagní
Choza - Imegué
Chueco - Namac

Decir - Nag
Dedo - Lenat
Demonio - Naipec o Neepa.
Derretir - Caielolí
Derribar - Caconatet
Derrota - Canagat
Desafiar - Caiachuná
Desagradable - Se caicá nahacheg
Descansar - Nocomated
Desgracia - Nelagné
Desnudar - Nosogné
Despertar - Nolbeg o nelobeg
Despreciar - Caiañetañ
Diente - Lobé
Diferente - Iarelágnila ic
Difunto - Napal
Disputa - Ralomatá
Diversión - Nemacachegné
Dormir - Selac
Duda - Taccó
Dulce - Lodaraigné
Echar - Canenagné
Empacho - Iamac
Encender - Caiabigat
Encerrar - Caiapoá

Enfermo - Ralolaigné
Enojo - Neber
Enseñar - Caiapaguin
Entrar Ienognó
Envejecer - Cagoignetón
Errar - It
Escasez - Lobic
Escuchar - Nagoigañé
Escupir - Natogní
Espalda - Llalacó
Esperar - Nabaná
Esposa - Loba
Eterno - Sacabá

Familia - Lialcapé
Fín - Locodad
Fingir - Leobiagaí
Fresco - Ometá
Frío - No amacá
Fuego - Nareg
Fuerza - Guezanagí
Furioso - Rehotoic

Ganar - Rebegan
Garganta - Locotoc o cocotoc
Garúa - Labiguagn
Gastar - Somató
Gato - Regatolé
Genio - No henatagag
Gente - Comloipí
Golpear - Caiabanguí
Gordura - Iozagn
Grano - La

Gritar - Iabalac
Guerra - Labatac
Gastar - Namañ
Hablar - Retacá
Hacer - Iotet
Haciendo - Vacá
Hachear - Robagnán
Hambre - Capagá
Hallar - Ianatá
Hartarse - Guemac
Hazaña - Nalabatetagn
Helada - Loñé
Hediendo - Nechagá
Herir - Iaced o iacetad
Hermano - Iacaia
Hermoso - Loyaned
Hervir - Neiam
Hígado - Lolameg
Hijo - Lialec
Hilar - Recaltenagán
Junta - Lopogoc
Jurar - Caiadentaleguí
Labio - Lapic
Ladrón - Coataí
Lago - Caim
Lagarto - Silcaigné
Lágrima - Lachih
Laguna - Latogod
Lana - Labé
Langosta - Piñaí
Lanza - Ig

Lastimar - Laicoñeragad
Lavar - Gueiogoñ
Leche - Loirií o loripí
Lechuza - Catelalac
Lengua - Loleganag
Leña - Copá
León - Saguaigué
Levantar - Cananosiguem
Ley - Naicó
Liebre - Gualaiolé
Ligero - Ycaic o yacaic
Limpio - Cotetá
Liso - Izblit á
Liviano - Pa hatetá
Lobo - Baiac
Loco - Balonac
Loma - Guemaraled
Lucero - o Estrella - Netehesé
Lugar - Lahac
Luna - Siraigo o Ciraigo
Luz - Caiaranagní

Llamar - Lac o labac
Llano - No hengá o henagá
Llover - Hiatetañé
Llenar - Caiegatetaná
Lluvia - Iaga

Macana - Namacheguí
Madre - La tihé
Madurar - Ií
Maíz - Nazoled
Mal - Seiamagné

Maldecir - Caiesibed
Maltratar - Canagtetá
Mandar - Cailec o caialac
Mano - Lecalogat
Manta - Nepoc
Mar - Lechegüé
Mariposa - Patogló
Masa - Nacablated
Mascar - Caibagniguí
Máscara - Nesigué lapoguet
Matar - Caialabat
Mensajero - Nelatet
Mentir - Namajañ
Mezclar - Caialecantac
Miedo - Noché
Miel - Rapic
Milagro - Nocabagá
Mitad - La viñé
Morder - Caiacañé
Morir - Ielé
Mosca - Laatañé
Mosquito - Aiatañé
Muchacho - Notoguic
Mujer - Heló o heloc
Mundo - Labá
Murmullo - Nacataipí

Nacer - Necañé
Nada - Caicá
Nadar - Goned
Nadie - Caicazam
Navegar - Ogoned

Neblina - Lebiguiagá
Negar - Nocolit
Negro - Laberaig
Nido - Pagued
Niño - Nogtoñí
No - Eñ
Noche - Pe
Nosotros - Com
Noticia - Nacaiac
Nublar - Nabelec
Nudo - Moté
Nuevo - Dolaigué

Obedecer - Nagaianetá
Oscuro - Napalá
Ocasión - Latencached
Ocioso - Balaig
Oculto - Nañocotaí
Odio - Paguenagá
Ofensa - Canoguiá
Oír - Gaiagué
Ojo - Coté
Olla - Benά
Olvidar - Ilamó
Ombligo - Caiepacá
Oponerse - Caiepacá
Oponerse - Relamatá
Oreja - Nacatet
Orilla - Lemanagá
Oro - Oro
Orzuelo - Nacatongá
Oso - Layoc gai

Padecer - Legoroic o legorig
Padre - Letaá
Pájaro - Cohó
Palabra - Nacataca
Palo - Copac
Pan - Pan
Pantano - Neciogá
Pareja - Nabegabac
Pasear - Rapichí
Paso - Lacabaguí
Patear - Rachazogñ
Pato - Goñé
Paz - Nachecocheñé
Peces - Nalin
Pecho - Lotogné
Pegar - iobagan
Pelear - Noco hatag
Peligro - Nabetagá
Perder - Rachipí
Perro - Piod
Perseguir - Caiocantagué
Persona - Coñ
Pesado - Resalec
Peste - Nenec
Picar - Caicné (caiacañé)
Pie - La pioc
Piedra - Cap
Pierna - Loteletad
Pisada - Nadegué o nadedgné
Placer - Locoichí
Plato - Pegued

Pluma - Labé
Pozo - Neiá
Premiar - Rabegan
Prestar - Canabat
Principal - Nací
Probar - Caigueñ
Pronto - Naguetá
Proteger - Caiotabañ
Pueblo - Nahá
Puño - Naponegá
Puro - Nodachiñé
Quebrar - Caguí
Quemar - Iabic

Raíz - Payé
Rama - La saté
Rayo - Rognagá nacac
Recibir - Caiacoñet
Recto - Matagraic
Refugio - Notanagag
Remolino - Latachagá
Rengo - Chesac
Repartir - Canaloconed
Repetir - Caiapilaled
Replicar - Iechogat
Rescatar - Ipacagué
Responder - Esibeleñ
Respirar - Nacagtañ
Resucitar - Necalebec
Retar - Nelagá
Retirarse - Noconebegué
Retoño - Lioctagaí

Reunir - Alapontac
Reventar - Rachipigué
Río - Ñachí
Risa - Raialec re
Robar - Rocachí
Romper - Iacec tad
Rostro - Nohegneguec o nohegaseguí
Rumor - Naiac

Saber - Iaden
Sacrificio - Lo enatanagué
Sacudir - Caiochegad
Sal - Jhobé o jhobec
Salir - Ienocneg
Saliva - Lalé
Saltar - Renot
Saludo - Leguinagué
Sangre - Leboripí
Sapo - Piyeloglogó
Sarna - Guená
Seco - Rasibetác
Secreto - Nemotetoc
Sed - Ia abat laguip
Sembrar - Danagan
Semejante - Lodegat
Semilla - Nanegnesic
Sentir - Goraguéc
Señal - Netaneg
Separar - Nelstá
Sepultura - Napal ia iec
Serio - Not caic lasic
Serpiente - Nanaigué

Servir - Lo tatnanagué
Si - Bac
Silencio - Nachicochi ñé
Sol - Rehazá
Solo - Onoguí
Sombra - Al
Sonido - Le langá
Sonso - Balognac
Soñar - Reguematá
Sordo - Rañaguí laieg
Sospecha - Namagzot
Suave - Izotetá
Subir - Renociguem
Sucio - Piogoí
Sudar - Neguematague
Susto - Nadadtegné

Tabaco - Nasereg
Tambor - Nabagná
Tarde - La bid
Tartamudo - Naperapegueg la catatacá
Tibio - Paiguic
Tiempo - Nabegleg
Tierra - (Labá)
Todo - Nag ué
Tomar - Nehet
Tormento - Socnagá
Trabajo - Nohematag
Tragar - Iac an ñé
Traidor - La catanagaí
Trampa - Nocoiná
Tripa - La besec o labelesec

Triunfar - Rabeg gañ
Trueno - Sognagá
Tuerto - Cotezag
Turbio - Iecolcatá
Tuyo - Cataiaguí

Unir - Calapontac
Uña - Lenachic

Vaina - Mad
Valiente - Nocaigué
Vaso - Lacopá
Vecino - Ibará
Veloz - Hoyec
Vena - Lo otá
Vender - Caiemañ
Venir - Nobic
Ver - Iahajañ
Verdad - Liguetá
Verde - La dalá
Verruga - Nezó
Vertir - Nohet
Vía Láctea - Nayec
Viaje - Iobó
Vicio - Nezogot
Vida - Necaletabeg
Viento - Nonot
Vientre - Labet
Virtud - La denangá
Viruela - Napinac
Viuda - Paié
Volar - Jhaió
Vomitar - Nezol

Zambullir - Boniñé
Zapallo - Loguilí
Zanja - Neiag
Zorro - Nobaicagá
Verano - Ñagá
Otoño - Cotap
Invierno - No omgá
Primavera - nozagá
Norte - Repiguem
Sur - Aguiñé
Este - Locodoigué
Oeste - Labarc iguem

VOCABULARIO DE LA LENGUA TOBA

Aloja (licor de algarroba) - Tagá
Acércate o ven acá - Achocaná
Arroyo - Chegué
Aloé o ágavo - Togolatel
Almohada - Naranacté
Arbol - Mapic
Aguárdate - Ahjí
Alguacil - Huachó
Agua - Nectrank o yvetratnotaj
Algarrobo blanco - Icapac-mapic
Algarrobo negro - Lairazaic-mapic
Algarroba - Mapic o joayuc
Aquí está - Huejní
Albardón - Jokolec
Arco - Chienik
Anta - Hielajó o Cipekoló

Ají - Chimrail
Amigo - Ydik o Apá
Adiós, vete - Japel
Aguila - Ianigrató
Aguará-guarzú - Kalac
Abeja - Cailalay
Anda, anda - Maj
Abuela - Comé
Así será, así lo haré - Haá
Abuelo - Lapí
Avanzar, atropellar - Nineyaj
Abipón (indio) - Kaiaraic
Acercarse - Najñit
Algarrobal - Napsatanegui
Amarillo - Cobí
Amor - Sokpitá
Año - Huí
Apero - Anate
Araña - Palachilgrá
Armadillo - Namugserat
Arco - Shignek
Arrayán (añangapirú) - Daicó
Asentaderas - Nakté
Avispa (rubia) - Koilalay
Azul - Ymalac
Avestruz - Malic o amanit o mauj

Bueno, lindo, hermoso - Silatáj
Burro - Asiná
Bañado - Schirá
Buey - Lajchonihá
Blanco - Ybiapal

Brazo - Lohac
Basta, suelta las armas - Maltéj
Borracho - Cait
Bueno, está bien - Haá
Bravo - Tronká
Beber, agua - Niyoij
Bolsa - Noroquí
Bajo, bajito - Yeemp
Boleadoras - Karí
Boca - Yvalap
Blanco - Lapac hispal
Bigote - Naschiplahué
Bayoneta - Uvic
Bata (de mujer) - Lapotó
Barriga - Dam
Barba - Kalahué
Bandurria (ave) - Tetrani
Bala - Ybuala
Bagre - Karol

Cacique - Bamba o salarnek
Cama - Lomá
Camisa - Lomarquí
Calor - Netak o mapa yaré
Chivo, cabra - Cayulaj
Campo - Nonorak
Calzado - Palabté
Calzoncillo - Marasó
Cadera - (V. asentadoras)
Campo chico - Nanaerik
Cerca, allí o aquí - Catohojtá
Carnero, oveja

Cordero - Chonataj
Cabra - Ketac
Camino - Callacueray
¿Cómo estás? - Eisij
Caballo - Caalló o yalataj
Cabeza - Lakaic
Cabello - Lahué
Carne - Guasetáj o lapoc
Chifle - Huacalkué
Chico - Lohojsaj
Chañar, árbol - Lecherilmé o tacay
Chaco - Halvipí
Chiriguano - Hombre del frío
Cállate, silencio - Moltéj
Cacique viejo - Nujkihá
Camina - Nayét
Cargar, atropellar - Nineyáj
Correr - Nuntej
Campo lindo - Piavé
Canoa - Ligtag
Cercano - Cayoitay
Cazuela - Calletag
Caminar - Aicuyapié
Cautivo - Nelatac
Cristiano - Dokchic
Ciervo - Chiganegot o chigaramigó
Chico - Colé
Chicharra - Kogac
Charata - Kochini
Cerdo (chico) - Cós
Cerdo (grande) - Joló

Cera - Biglapá
Cementerio - Napalpí o napalpec
Cebolla - Lachí
Cazador - Marisquero
Cazar - Mariscar
Cascabel - Tegueté
Casa - Nollic
Carro - Naiglomá
Carpintero (ave) - Migornac
Carne - Lapat
Carancho - Kañarí
Carpincho (animal) - Huatikeray
Cardón (tuna) - Hualchic
Caracol - Conec
Cara - Laschic
Cañaveral - Koktalatá
Cañada - Camegué
Campana - Atoimá
Campo - Macharaic
Campo limpio - Yapagaraniquí
Cuervo - Tequesán
Cuerpo - Loc
Cuero - Looc
Cuerno - Pise
Cuchillo - Ylonec
Cuatí (animal) - Schinigó
Coser - Natel
Criatura - Nigoktoló
Carro - Ymischí
Corto - Terait
Cortadera (pasto) - Piagran

Corazón - Diakté
Conejo - Sorná
Comida - Nalic
Comer - Chiguiac
Colorado - Toc
Cincha - Sotraquí
Cielo - Pieguem
Chuña (ave) - Lasinec
Dorado (pescado) - Sasinec
Dime (habla) - Ahómplent
Dios - Cotoarg, kotá o Yagüeo
Lía - Noag, nahá
Dientes - Lué
Dame - Aliádiet
Dice que no halla - Huslnijtej o nemój
Dedo - Yerata
Dormir - Sotchí
Despertar - Nichilén o nemoj
Dónde murió la india moza (princesa entre ellos) - Opatcholé
Enemigos - Yala troá, notampuaj o natac
Estrella - Güacanic
Estrecho (angosto) - Lanoc
Está ya aburrido - Najmejnoy
Estribo - Piaragul
Enfermo - Golalá
Escrito - Kaimolec
Está nublado - Pelep
Estero - Dañalec
Estanco - Laccal
Estancia - Chivipilomá

Excremento - Alarachí
El río grande (Bermejo) - Teutáj
Espinillar - Piguininisat o paraguesat
Espinillo - Piguinic
Espérate - Tinajué
Espina de corona (árbol) - Nataquí
Enfermedad - Lobraic

Fusil - Ogronakté
Flecha - Chicnak
Feo, malo, inservible - Cachia o katmen
Fuego - Nodeo, ytój
Fruta - Pelac
Frío - Omará o nomrá
Flaco - Lopel
Frente - Latap
Freno - Cachí
Frazada - Niguischí
Flor del aire - Shiric
Fleco - Lahil
Faja - (V. cinchar)

Gusano - Kchiloté
Gallina, charata, gallina montesa - Huhóf
Grande - Nonrá huhéj
Gordo, grueso - Yatáj
Gritar - Nol 'harak
Gato montés - Copay
Carrapata - Pelá
Garza - Huakap
Garúa - Loiquirá
Gama - Nalmenec
Gallina - Oleigrá

Hechicero - Jamanak
Hermano - Miacayá o iacayá
Humo - Molá
Huanaco - Nahumarnac
Haicán (árbol) - Hualarnic
Hualaiví (árbol) - Huahuac
Huevo - Coe
Hueso - Pinec
Hormiguero - Chipilerag
Hacha - Honmál
Horcón - Lamará
Hombre - Yalé
Hijo - Yalec
Hierro - Lecat
Herida - Kemeraic
Helada - Neloní
Hambre - Korá

Indígena - Kom
Indio - Nolajuíjk
Iguana - Coliguisac
Iglesia - Natamnarquí

Joven - Nesokolec
Joven (mujer) - Kañolé
Jabalí, cualquier cerdo o chancho - Nicháj
Jerga - Canec
Jacarandá (árbol) - Targuec

Koro (raíz) - Paá

Lluvia - Ahuot
Loro - Eléej o elec

Luna (la) - Agoróit, "lluelad o karoic
Luciérnaga - Eray
La rueda - Hubranlój
Leña - Coipá
Lindo - Nohon
Laguna seca - Ymagayá
Lanza - Caquersit
Lengua - Lacharat o taquiray
Leña, madera seca - Jolóc
Lejana - Lobaranak
Leche - Lijchí
Laguna tragadora de gente - Lacangayé
Lazo - Anagué
Llover - Aguot
Laguna - Lehemchitaj o latoité o kaim
Lapacho - Aialay
Lejos - Cayayón
Ladino, lenguaraz que sabe el castellano - Nilotaj
Llorar - Nollén
Langosta - Siquiroy
Lo he hallado - Nijhuém
Lechuza - Ñacurutú
Llámalo - Onehij
Lechuza grande - Quitilipí
Lindo, bonito, hermoso, bueno, superior - Silataj
Lejos, muy distante o retirado - Tojjuay
Lugar de las pequeñas gritas ladrillosas - Tupaquesinsinet

La esposa o mujer que hace las veces de tal - Yanasa
Laguna del pescado - Yuioma

Muerto - Stay o ytayó ylén
Muchacho - Nesocolek
Mono - Macutí
Mujer - Aló
Maestranza, lugar de trabajo - Nujyój
Mosquito - Aiat o allat
Madre - Yátec
Me voy - Mujéj-yapél
Mula - Mulá
Monte - Aviac
Mistol - Nohojváj
Murciélago o vampiro - Sanhihuéj
Madre o mamá - Teilaáj o iaté
Miel - Dapic
Macana - Pont o nejón
Más tarde - Tojnáj
Mes - Kagvig
Matar - Salaut o salalmat
Marlo - Luí
Mucho - Pok
Mano - Pokemá
Mosca - Letranit
Maíz - Ahurá
Maíz tostado - Toniguischic

Naranjas - Naranjasat
Nutria - Chiguisi
No hagas - Montéj

Noche - Pé o nuneej
Negro - Lairaraic o chalgetá
Nariz - Tomí
No quiero - Sadirá
No vale - Niguajlaj

Oveja - Taiquetá
Oye - Anój
Oso hormiguero - Otay
Orillas de las aguas - Macomita
Olla - Taraquí
Ojos - Haité
Odio - Sasokpitá
Obraje - Onataranac

Palmar - Lagaraisat
Puerta - Lasom
Palo madero - Aloj
Primo - (Ver hermanos)
Perro - Pioklej
Pozo - Nollairé
Paraná (río) - Huaray
Profundo - Apitój
Pasto - Abacpic o juquihindtj
Ponzoña - Chinatenrá
Pluma o plumas - Guallój
Pantano - Necerae
Poncho - Kalejnec
Pólvora - Ogronoctel-sochí
Pluma - Manilahué
Padre - Caudé
Palo santo - Hijohóc

Pájaro - Otranic o koió
Plata - Allom
Paloma - Lojlaqué
Piojo - Nabrat
Piedra - Ká
Pierna - Teletá
Pozo del indio - Malajque
Pie - Lapiá
Pescado - Nillac
Pescuezo - Loksot
Paso grande - Pueg
Pronto - Quejlaj
Poco - Caiotany
Perdiz - Torochí
Pozo grande - Tajláy
Pozo del chañar - Usilajque
Pelear - Ñialatrá
Pecho - Lotogué
Pava montesa - Laté u okoló
Pato - Otarmí
Pelea - Nolatad
Pesca - Cainarán
Paraje - Ltá
Pañuelo - Copará
Palo borracho - Perarenrá o copadañik
Palo - Koipac
Palma - Yachí
Palmar - Chaic
Paleta - Chachí
Pala - Sluteguet
Paisano - (Ver indígenas)

Padre - Tagaré
Pacú (pescado) - Hueseá

Querencia - Lamka
Quebracho colorado - Tapic
Quebracho blanco - Noric
Quiero - Aaac
Quiero irme pronto - Nuéj-naíj
¿Quieres comer? - ¿Oitáj-notché?

Rumbo - Paiagué
Río - Tuyeté o lachué
Rancho - Ybó
Retirarse, irse - Tojnij
Ropa - Histihiitaj
Ropa - Nogrot
Rico - Alou
Riachuelo - Lachuegué
Repicar - Dactoví
Red - Nalegué
Relámpago - Schilgrá
Rayo - Schilgrá
Raya (pescado) - Lacataic

Surubí (pescado) - Chalmee o alj
Sombrero - Hunaj o vadró
Suela - Koliguischic
Sombra - Pakal
Sol (el) - Lalá, volak o ygualá
Sepultura - Alaídini
Soldado - Huatranac
Silla - Nesornaquí
Saco — Saco, chaleco - Chalatáj

Si quiero - Yupeéj
Suelto - Yoné
Sueño - Ochavá
Silvar - Nioñorac
Sí - A á
Serpiente de cascabel - Nelonec
Semilla - Pavaic
Sapo - Kolarró
Sano - Oitou
Sangre - Tagó
Salado - Nilmá
Sable - Koialonec
Sábalo (pescado) - Núhac

Tuna rastrera - Dijat
Tunilla dorada - Daiamí
Tala chico - Nachivic-colé
Toro - Arnaj o tóro
Tabaco - Noceludetó neshierec
Tucan (ave) - Lesoronoc
Trueno - Sonrá
Tonto, zonzo - Cajsuyáj
Tordo - Chaljetáj
Tarde (la) - Abit
Toma - Nellong
Tripas - Lailischí
Trigo - Tanta
Totora - Kamariac
Trabajar - Denatran
Tortuga - Otanvat
Tigre o la tigra - Jahayoj
Tirador - Niguioshí

Tía - Yasaró
Tío - Tescó
Tasis, planta o fruta - Jualahúc
Tigre - Guillot o quirioc
Toldería - Nolmet
Tirar - Tujnij
Tirar balas - Tujsijnij
Timbó (árbol) - Didicho
Río que lleva agua - Teuco
Tierra blanca- Pagaralekuesat
Tierra - Aluá
Teru-teru - Latunec
Ternero - Huaká-ialé
Tarde - Habit
Uso - Kalegnaranlté
Urundei (árbol) - Antac
Uña - Lenat
Víbora - Nerganac o nodranac
Viruela - Piná
Vete - Agüé
Vaca - Guacá o huacá
Venado - Dirné o diorné
Vieja - Creiná
Viejo - Creioc
Verde - (Ver azul)
Vizcacha - Lermá
Yerba de la víbora - Pipiná
Ya viene - Machotáj
Yacaré - Daeloc
Zorro - Norerá
Zorrino - Osoc

UN INDIO POETA

En la tribu de La Tigra hay un indio joven e inteligente. Se llama Pedro Yacaré y su nombre genérico era Labit o Labic. Cuando falta el cacique que habla bien el castellano, él las oficia de lenguaraz. Bien dispuesto para aprender, devora cuanto diario o papel impreso cae a sus manos. Cuando supe que sabía escribir versos, le insté para que me diera algunos. Puso un cúmulo de inconvenientes para acceder a mi pedido: que no era cierto, luego que estaban mal hechos, que no tenía papel para copiarlos, que no tenía lápiz, que al cacique no le gustaría. Llevamos éste a su presencia para que dijera que no tenía nada que objetar si nos daba sus versos. Entonces adujo que a su familia no le gustaría. Por último, accedió y me entregó dos poesías arrolladas en dos papeles. Las poesías no tienen valor literario. No es posible pretender que lo tengan.

¿Pero qué importa? Un indio que escribe sus sentimientos es poeta sin vuelta de hoja. Se repite el caso del indio Antonio, de Chubut, que vuelca en apretadas páginas todo el dolor, la incertidumbre y la suerte de su raza. ¿Qué importa que no tengan rima ni metro, ni observen cláusulas o asonancias? ¿Acaso la poesía no es más que eso? Ellos vuelcan en su léxico y a su manera sus dolores e inquietudes, que son los dolores de toda su gente. Como recordé en el indio Pedro, al infatigable e inquieto Antonio Ñanculef, su antípoda! Este vive entre los cerros pelados y valles ríspidos de Cerro Centinela, al pie de la Cordillera de los Andes, donde el viento sopla furibundo todo el año y donde el invierno cubre de nieve los campos durante largos meses. Pedro vive en el Chaco meridional, donde el sol calienta la tierra de un modo implacable y donde la canícula sume el alma y el cuerpo en el sopor y la indolencia. En ese Chaco

misterioso, de selvas impenetrables, de noches de bochorno y de armonías indescifrables...

Pero uno y otro tienen el alma iluminada y trasmiten al papel sus sentimientos que hacen meditar, porque nos presentan su drama. Por eso los doy a conocer. Los versitos que van a continuación son del indio Pedro. No llevan título.

DE PEDRO YACARE

Turquito del pueblo
encargando boyerito pico blanco,
y yo mucho precisando
para comprar linda aloja,
y también azúcar para moguá.

Y no pudiendo dar... Y no pudiendo buscar...
Porqué boyerito sacando cría
y otro boyerito poniendo...

¡Paisano sin suerte!...
¡Debiendo ser Neepec!...
Ahora que turquito
enseñando papelito nuevo,
y diciendo: "trayendo lindo piquito blanco
[dando este papel".

No pudiendo llevar ¡NO! ¡NO!...
¿Cómo llevando?
Cotáa nunca más dando después,
y pobre indio perdiendo lindo bichito...

Y perdiendo carandaí y chaguar,
y también caraguataí,
que siempre curando la sé...

Por eso ¡NO! ¡NO!
¡Lindo papelito para aloja,
y linda gana de tener!...
Pero turquito si quiere, esperando.
Boyerito piquito blanco
no pudiendo dar...

1. En mocobí: moguá: mujer.
Neepec: Espíritu maligno.
Cotáa: Espíritu del Bien.

He aquí en estos versitos, sintetizados la observancia a las leyes de la Naturaleza. El indio necesitaría el dinero a cambio de los pájaros. Pero eso no será posible, ya que los animalitos de la selva están empollando. Si se infrinje esta ley, el Espíritu benigno no les dará más estos hermosos ejemplares, ni caraguatai, ni chaguar... La tentación (nada menos que un papelito nue-

vo) es mucha, pero no es posible desobedecer a Cotaá.

DE PEDRO YACARE

Gustando trabajar,
pero cuando patrón pidiendo plata
para pan,
dando ropa vieja...
Y si protestando pobre indio
patrón echando y pegando,
y si policía va reclamando,
patrón diciendo: indio robando,
y policía también pegando...

Todos llamando trabajar
y dando linda aloja,
pero terminando dando cosa vieja...
y reclamando pobre indio...
siempre pegando...

Pidiendo "yalets" y pidiendo "moguá".
Indio no dando,
y patrón otra vez pegando.
Indio no reclamando
porque policía también pegando...

(yalet: muchacho)
(moguá: mujer)

La conclusión de esta poesía no pue-

de ser más real y amarga. El indio, engañado, reclama y sólo recibe castigo de hecho. Recurre a la justicia, pero el patrón, ducho en artimañas lo acusa de ladrón. No es cierto, pero el patrón siempre tiene razón y el indio vuelve a ser castigado. Véase el desenlace final. Convencido de que la razón no estará jamás de su parte, no reclama más, porque ya no cree que el blanco pueda hacerle justicia. Amarga conclusión, por cierto.

No quiero cerrar estas páginas sin agregar unos versos del inolvidable Antonio Ñanculef. El comentario corre por cuenta del lector.

DE ANTONIO ÑANCULEF

Buenos Aires... ¿cómo será?..
Debe ser un pueblo grandote...
Según me contó el maestro
allí de noche es como de día,
porqué hay muchas luces...
¡Todo está lleno de luces!...

¿Y para qué tantas luces?
Aquí de día hay el sol
y de noche la luna y las estrellas...
¿Y para qué hacer más luces?..
Si nunca se podrá apagar
El calor del lucero...
También me dijo el maestro
que hay muchas casas grandotas
y una coloradita y linda
ande vive el cacique grande...

¿De qué serán las casas?
Me olvidé preguntarle.
¿Serán cómo en Esquel?..
Vaya a saber
¿O serán de colihué y de barro?..

Y dice también que andan coches
todo el día..
y si uno se descuida lo pisan.
¡Eso está mal!
En ningún pueblo indio la gente se pisa...
y bueno, si se pisan ellos sabrán...

y dice también que hay una estatua
de nuestra libertad
y que sé cuántas cosas más...
En fin, será como él dice.
¡Me gustaría verlo!
Pero de día, ¿para qué de noche?
¿Para qué prenden luces?

De noche hay que dejar las estrellas
que siempre estuvieron
sin que nadie las prendiera
porque las prendió Dios...

OTRO DE ANTONIO ÑANCULEF

Los sentimientos de los indios
tan humanos como cualquier ser,
saben sufrir y pensar,
saben agradecer de corazón...

El solo consuelo que tienen
es mirar el campo y el cielo,
cuando alumbra el sol
se alegran como pájaros...

Indio humilde y manso
lo domina el poderoso,
no resiste, no aguanta su seso
defenderse de todo lado.

Está pobre por completo
en su tierra tan inmensa
su llanura tan extensa
toda buena y fecunda...

Los indios han sido los primeros
de esta tierra americana
que miran y conservan de buena gana
sin torcer sus derechos...

Esta edición es de 1500 ejemplares.

COLECCION CEIBO

Serie CELESTE: Motivos argentinos y autores nacionales

1. José Hernández: El Gaucho Martín Fierro y La Vuelta de Martín Fierro, con un sumario biográfico de José Roberto del Río, ilustrado por María A. Ciordia.
2. Alfredo Ebelot: La Pampa, con 53 ilustraciones de Alfredo París, y nota preliminar de José Roberto del Río.
3. LA POESIA GAUCHESCA EN LENGUA CULTA: Echeverría, Gutiérrez, Mitre, Obligado. Con notas biográficas y prólogo de Rafael R. Rodríguez López, ilustraciones de María A. Ciordia.
4. LA POESIA GAUCHESCA, EN LENGUA POPULAR: Hidalgo, Ascasubi, Del Campo. (En prensa).
5. Lázaro Flury: Tradiciones, Leyendas y Vida de los Indios del Norte. (Con el primer vocabulario Castellano-Mocobi y Castellano-Toba), ilustrado por María A. Ciordia.

Serie NARANJA: Autores universales

6. Gustavo A. Bécquer: Rimas (completas): La corza blanca y El Beso (Leyendas), prólogo de Juan M. Rial Guyot, ilustrado por María A. Ciordia.
7. Sófocles: Edipo, Rey. — Antígona. Introducción de Octavio A. Hornos Paz.

$ 2.00 m/arg.